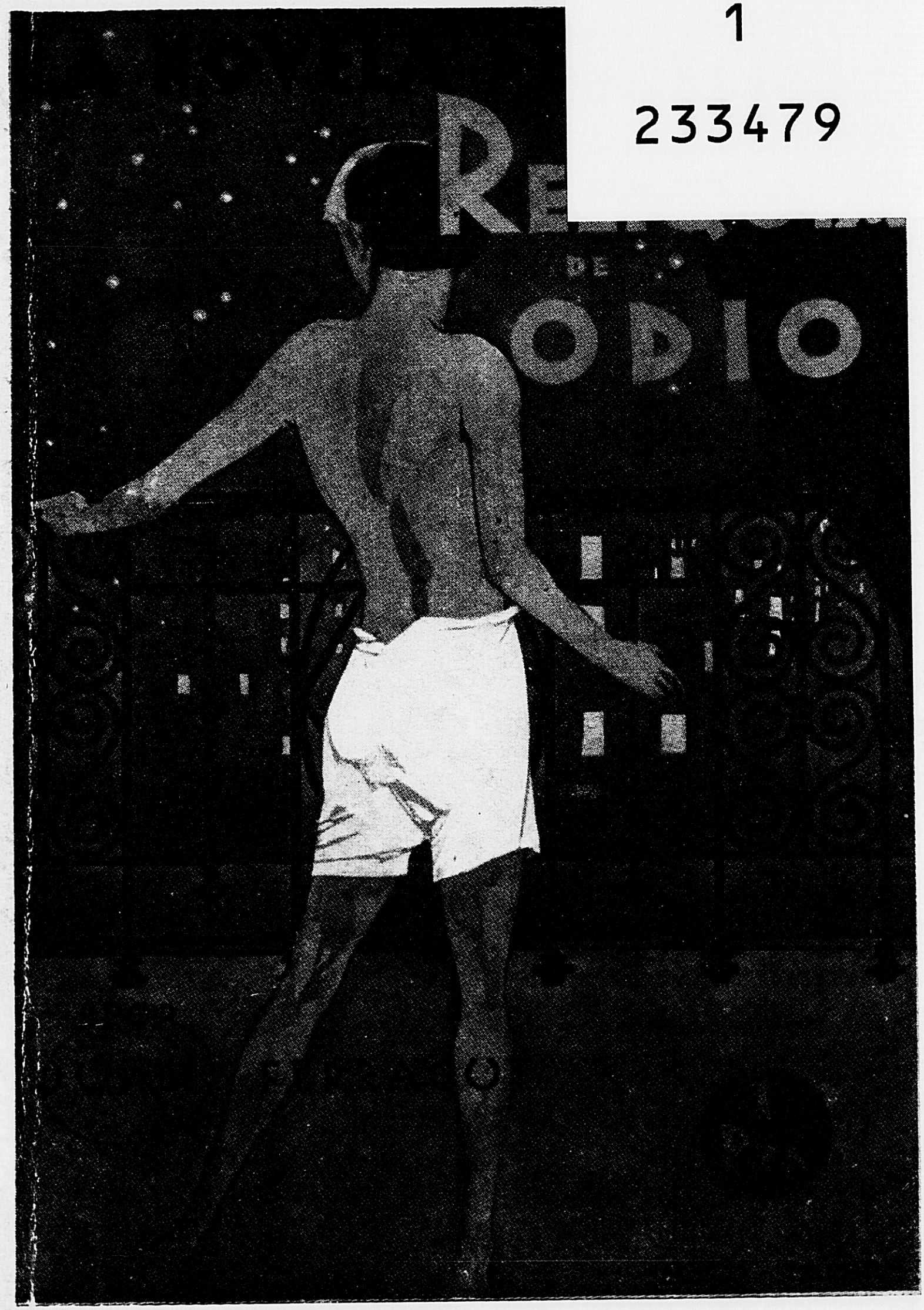
1

233479



1

233479

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

OBRAS DE W. FERNANDEZ FLOREZ

La procesión de los días, novela (3.ª edición).

"Volvoreta", novela premiada en el concurso de Bellas Artes (7.ª edición).

Ha entrado un ladrón, novela (5.ª edición).

Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (4.ª edición).

El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).

Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (2.ª edición).

Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).

El secreto de Barba Azul, novela (12.° millar).

CINCO PESETAS CADA VOLUMEN

Visiones de neurastenia (2.ª edición). Cuatro pesetas.

Silencio, novela (edición popular, 2 pesetas).

EN PREPARACION

Las siete columnas, novela.

Mendizábal, 42. - Madrid

47/1504390

En la primera quincena de abril se pone a la venta la magnífica novela del maestro de humoristas

W. Fernández Flórez

titulada

LAS SIETE COLUMNAS

5 pesetas ejemplar

Apresure su pedido a

Editorial Atlántida y Novela de Hoy

MENDIZÁBAL, 42. - MADRID

R. 322257

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año III Madrid, 30 de marzo de 1926 Núm. 49

Reliquia de odio

Novela de

Juan Ferragut

ILUSTRACIONES DE **ARISTO TÉLLEZ**

UNA PESETA

MADRID
IMPRENTA ARTÍSTICA. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - TELÉFONO 17 - 65 J.
1926

EN NUESTRO PRÓXIMO
NÚMERO PUBLICAREMOS

LA DAMA CAPITAN

POR

Cristóbal de Castro

ILUSTRACIONES DE

RAMIREZ

DEDICATORIA

Para Artemio Precioso

a quien, como las almas lívidas de envidia no le han perdonado su rápido triunfo, la vida le ha puesto ya muchas veces en su camino reliquias de odio...

Reciba esta novela, que no sé si será digna de usted; pero que por ser obra mía, de mi pensamiento y de mi corazón, yo la estimo como lo mejor de mí, y se la ofrezco cordialmente con un abrazo.

RELIQUIA DE ODIO

I

Realmente soy un hombre malo. Malo ahora, por temperamento y por reflexión. En mi odio a la Humanidad que me rodea palpita al mismo tiempo un deseo de venganza y un sentimiento de turbia envidia.

Mis ideas están envenenadas de continuo por la conciencia de mi inferioridad ante la vida, que me hizo, sin duda, nacer bajo uno de esos malos signos que los astrólogos contemplan con terror en el espejo negro de las noches horadadas de luminarias inasequibles.

Como mis ideas, mi sangre está envenenada también. Larvas de ese terrible mal

que pudre con su contacto y torna cárdenas las rosas de Afrodita, minan mis energías y dan a mis horas de breve, instintivo placer, la repugnante crueldad de un castigo frío...

Cuando me miro en el gran espejo de mi cuarto de baño, un estremecimiento de humillación, de vergüenza y de impotencia conmueve mi débil cuerpo. Soy feo, y mi rostro tiene una mueca repulsiva, porque me falta el ojo izquierdo y en su alvéolo obturado muestro unos costurones sanguinolentos que se enrojecen con exceso cuando por cualquier causa me altero. Mi color es cetrino y mi escaso cabello y el tatuaje granuliento de mi piel son reliquias imborrables de una hora de torturado goce carnal en una triste aventura prostibularia.

Además, tengo rota la pierna derecha por el peroné, y esto da a mi paso un aire claudicante y grotesco. Cuando estoy cansado, parece que voy arrastrándome, como una larva, a lo largo de las calles. Si, por disimular, me engallo y enderezo, la cojera acentúa ridículamente mi engreimiento.

Muchas veces, en las lunas de los escapa-

rates he contemplado con rubor, casi con dolorosa complacencia, mi enteca y lisiada figura... Y he justificado resignadamente que las mujeres que pasan por mi lado se estremezcan, instintivas, cuando las hiere la mirada aguda de mi ojo único, brillante de deseos...

Sé, desde hace mucho tiempo, que soy una carroña humana, un ente al margen de la vida. Mi desgracia es completa, porque carezco del don de la simpatía. Mis dolencias, la conciencia de mi inferioridad, la protesta continua de mi razón contra la injusticia de la suerte que así me hizo, me constituyen irascible, violento, malintencionado. El Destino, que acumuló sobre mí sus disfavores, no quiso hacerme la merced de un corazón paciente, de un alma franciscana, ungida de amor y de resignación. Yo bien quisiera ser Job, hundido en su estercolero, acariciando sus llagas y alabando a Dios por el mal que le deparaba para probar su fortaleza...

Pero no puedo. Mis labios y mi alma injurian a los dioses, porque, como Prometeo,

siento en las entrañas los picotazos del buitre de todas las injusticias, de todas las crueldades, de todas las envidias...

Por esto soy un hombre malo. No mato porque me siento cobarde. Pero cada día, con una lenta delectación, saboreando la venganza como un néctar ardiente, procuro devolver a la vida el mal que de ella—deidad loca y ciega—recibí sin merecerlo...

Cuando a mí llega un hombre en busca de mi dinero, y sé que el préstamo usurario que le hago le conducirá a la desesperación y a la ruina, yo experimento un placer subidísimo. Se desvanece el concepto de mi inferioridad, y orgullosamente me veo suplantando al Destino, con potencia para deshacer una vida... E igualmente, cuando entre mis brazos, bajo la mirada encendida y lujuriosa de mi ojo único, tiembla de miedo y de asco una mujer vendida a mi deseo... Sé que en aquel instante, mi espasmo difícil y torturado de enfermo está envenenando sus entrañas; que le transmito mi mal, y en ese goce encuentro una turbia fruición de sadismo vengativo...

No; no soy un Job, paciente en su desgracia... Antes al contrario, quisiera echar a voleo las heces de mi estercolero, y en una negra siembra, enlodar el mundo...

¡Y, sin embargo, yo he sido un niño bueno!...

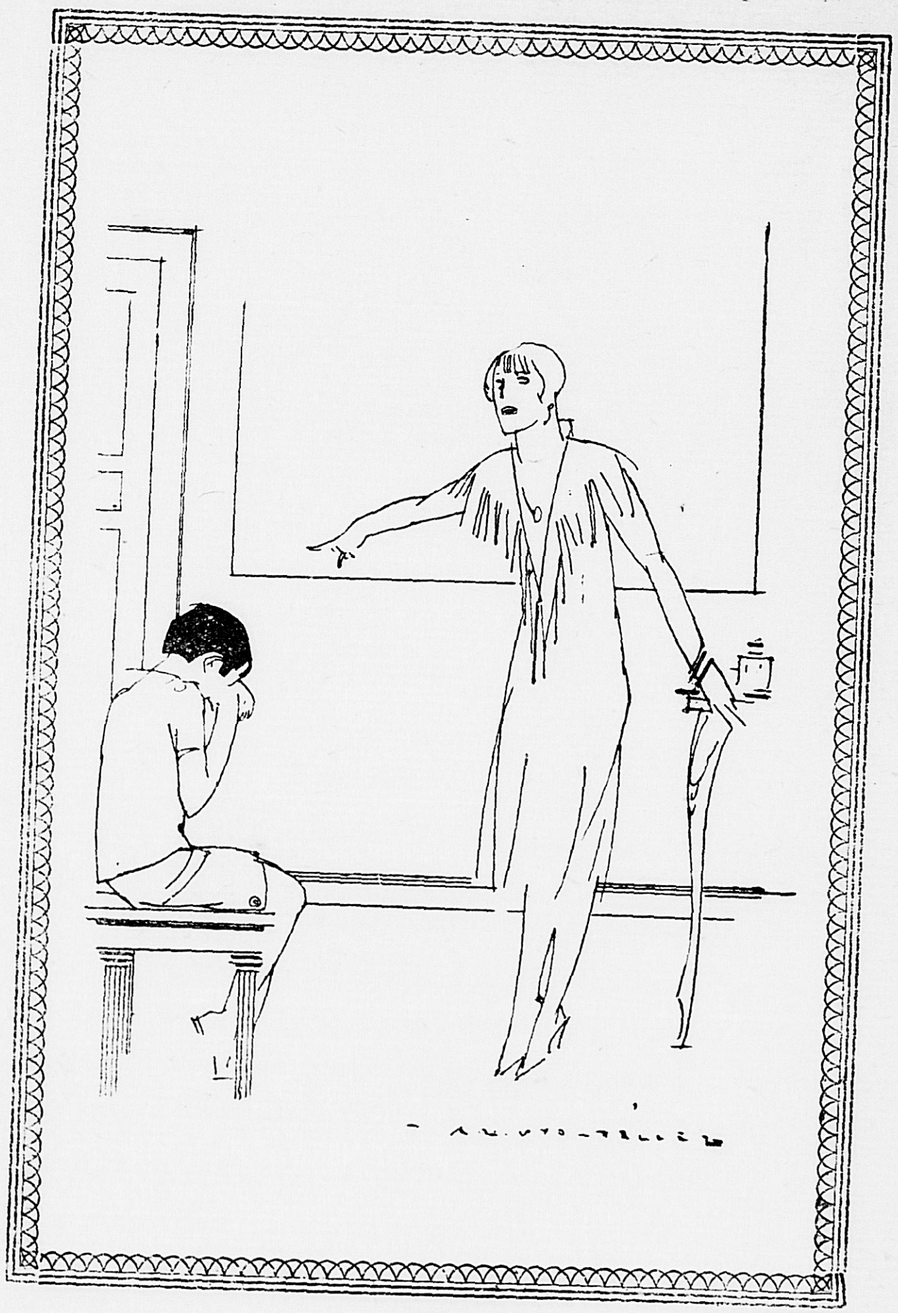
II

¡Y, sin embargo, yo he sido un niño bueno!...

Sí. Yo, Alejandro Porena, con el cuerpo y el alma de treinta y cinco años infectados y defectuosos, fuí, hasta cumplir el segundo lustro de mi vida, un niño bueno, totalmente bueno. "¡Como todos!", diréis.

Pero insisto en que en mi bondad infantil, ni siquiera había esa pícara viveza que llena de gracia las travesuras pueriles... Ni para romper los juguetes tuvieron mis manos fuerza, ni mi pensamiento intención.

Di muestras, desde los albores de mi razón, de una instintiva precocidad reflexiva.



Antes que hablar prefería escuchar, gustaba de fijarme y analizarlo todo. Ante mis ojos, la vida era un espectáculo que contemplar, un escenario variado y raro en el que mi timidez no me permitía ser actor. Era, desde luego, un niño triste, quizá porque mis primeros años no tuvieron esas ternuras ruidosas e inefables de las caricias maternas...

Mi madre, Rogelia del Aguila, murió cuando aún yo extraía de sus pechos los jugos de la vida...

Manos mercenarias terminaron mi crianza. Mi padre, Alejandro Porena, viajaba frecuentemente, y, a veces, sus ausencias eran tan prolongadas, que yo no lo reconocía al volver a verle.

Cuidados extraños se renovaban a mi alrededor; pero más que a ellos, debo a la ciega Naturaleza que me dotó de fuerza y salud magníficas el haber resistido las tristezas de mi casi total orfandad y los resultados del abandono en que me desarrollaba.

* * *

La figura que más grabada queda en mis recuerdos infantiles es la de Marta, el ama de llaves, única de la servidumbre que permanecía estable en mi casa.

Hoy comprendo que fué aquella mujer envidiosa, egoísta y avara; aquella hembra estéril, cuyo temperamento vicioso se encubría hipócritamente de una humildad aduladora y una dulzura excesiva, la que fué sembrando en mi alma semillas de recelos, la que abrió mis ojos a todos los paisajes dolorosos y sucios de la vida y la que moldeó a su capricho mi espíritu, inculcándole aquel hábito de curiosidad malsana, y a mi cerebro aquellas precoces reflexiones que me arrastraron a ser el protagonista del drama terrible que destrozó tempranamente mi existencia y me hizo para siempre lo que soy ahora...

Marta, que, como he dicho, por ser sirvienta fija en mi casa, era la única persona que fuera de las intermitentes caricias de mi padre, me merecía ternura y respeto, me adiestró desde muy pequeño en el espionaje y en la delación...

Apenas tenía yo seis años y ya ella me instigaba para que vigilase a las otras criadas, haciéndome ir silenciosamente a la cocina a sorprenderlas y detenerme tras las puertas para escuchar lo que hablaban.

Su calidad de ama de llaves y administradora del hogar hacíale recelar del resto de la servidumbre, a la que evitaba, con arteras mañas, que pudiese permanecer en la casa mucho tiempo... Ella recibía el dinero de manos de mi padre y corría con todos los gastos domésticos, con lo que su cualidad avariciosa encontraba sobrados motivos de lucro, al mismo tiempo que le daba habilidad para que nadie pudiera ejercer fiscalización sobre su honradez administrativa...

Marta tendría por aquel entonces cuarenta años y se conservaba célibe. Era alta, gruesa, de una bastedad campesina; pero, no obstante, guapa, de negros ojos y labios encendidos, de carnes duras y morenas, que en los pechos y las caderas tenían redondeces provocativas. En su rostro, a cuya piel un continuo padecimiento hepático daba un tono cetrino verdoso, dijérase estereoti-

pado un gesto de mansedumbre, de resignada dulzura, de servilismo adulador... Era cauta, humilde, sonriente; pero en su interior ardían como teas malditas todos los pecados, todas las envidias, todos los deseos...

A mí me atraía, me dominaba, me dirigía a su antojo; me hacía confesar, gustoso, que la quería y la respetaba mucho más que a mi padre... Yo, aleccionado por ella, espiaba a los criados: fingiéndome abstraído en mis juegos, retenía sus conversaciones para luego referírselas al ama...

Y así me iba haciendo hipócrita y astuto, con una condición antipática, entrometida, acusadora y femenil...

* * *

Debo a Marta mi precoz iniciación en los misterios de la carne, y fué ella quizá quien sembró en mi entonces latente sensualidad los gérmenes de una inclinación cruel, de vago sadismo, que ha sido siempre complemento imprescindible de mis horas de goce...

La escena aquélla ha quedado indeleble

en mis recuerdos, como una fecha memorable en la que ante mi espíritu se alzó una nueva concepción de la vida, así como cuando el sol disipa los telones de la niebla, la vista se deslumbra en la contemplación de insospechados horizontes...

Fué el día mismo en que yo cumplí los ocho años.

Aquella mañana estaba yo aún en mi alcoba... Había tomado en el cuarto de baño la acostumbrada ducha fría, y completamente desnudo ante el espejo del ropero, me disponía a ponerme la ropa interior que tenía preparada sobre el lecho...

En este instante, Marta, haciendo girar la puerta silenciosamente, penetró en la habitación. Yo, habituado a su confianza, con la familiaridad que regulaba mi convivencia de siempre con el ama, no hice un ademán siquiera para recatar mi desnudez.

—¡Alejandrito!—me dijo, llegando hasta mí—. ¿Qué haces? ¡Vaya con el presumido! Mirándose al espejo así... ¿Estás enamorado de tu persona?

Y con aquella efusión que siempre me

mostraba, me dió un prieto abrazo y un rotundo beso en los labios...

Mientras me sujetaba contra su pecho, me halagaba con voz queda:

—Dí que sí, rico, que puedes presumir... Eres muy hermoso. ¡Todo un hombrecito! ¿Qué digo? ¡Todo un hombrazo!

Realmente, mi desarrollo era ya extraordinario. Era muy alto, y sin estar excesivamente grueso, acusaban redondeces plenas mis hombros y mis caderas. Mi carne tenía una blancura jaspeada de mármol, y la curva de mi tórax anunciaba la rotundidez poderosa de un futuro atleta...

Marta me seguía aprisionando entre sus brazos, sin dejar de contemplarme en el espejo... Yo también la veía a ella, curvada sobre mí, brillantes los ojos, en aquel momento con más luz que nunca... Sus brazos, desnudos hasta el codo, rollizos y morenos, me ceñían por la cintura, y sus manos acariciaban alternativamente mi pecho y mi vientre...

—¡Digo! — exclamó ella de pronto—. ¡Cuando yo decía...! ¡Eres todo un hombre

ya, Alejandrín! ¡Miren el pícaro lo que le pasa!

Un estremecimiento me hizo vibrar al contacto de su mano...

El ama parecía transfigurada... Me abrazaba de un modo que casi me producía dolor, y su boca se aplastaba contra la mía con besos cortados y anhelantes...

Yo temblaba con un vago miedo, como ante un misterio, dulce y sombrío a la par... Algo secreto e inexplicable me hechizaba y me estremecía... Y unos latigazos nerviosos, unos calofríos que me recorrían la espalda, me hacían de vez en cuando exhalar un gemido...

Aquella triste, sucia, cruel iniciación de mi carne ha dejado huella para siempre en mi sensualidad... El placer en mí ha sido de continuo como un sacrificio en el que una turbia exasperación de los sentidos me hace buscar al dolor como acicate y como sedante...

III

Meses después ocurrió un acontecimiento en mi casa que no hubiera tenido para mí otro significado que el de una alegre novedad, sin la coacción del alma negra y envidiosa de Marta...

Mi padre volvió a casarse. Fué su nueva mujer Gracia Liñán, que tenía quince años menos que él, pues apenas contaba veinticinco, y mi padre ya rayaba en la cuarentena.

En las visitas que a mi casa hizo antes de la boda me fué extraordinariamente simpática. Era rubia, alta, de una gran gentileza corporal. Su fina belleza, sus ojos de dulce



mirar, la distinción y suavidad de sus ademanes, la elegancia señoril de su figura, se captaron toda mi admiración... Me parecía una de esas santas rubias de los cromos religiosos, que simulan caminar sobre rosas entre un alegre vuelo de angelotes incorpóreos...

Sus manos aristocráticas, con dedos como de marfil, se perdían entre mis cabellos con una blanda, deliciosa caricia...

Mi padre, siempre un poco despreocupado hacia mí, me había advertido, sin embargo:

—Has de querer mucho a esta señora. Ella es muy buena y te querrá también. Será para ti como mamá...

Y yo, que no había conocido a mi madre, experimentaba al contemplar a aquella mujer una ternura inefable, un afán dulce de sus caricias, ansias inexplicables de refugiarme entre sus brazos y hacerme entre ellos más pequeño, y dormirme suavemente arrullado por su voz, de un timbre argentino, mimoso y acariciador...

—Sí; yo la querré mucho. ¿Por qué no?—contesté.

Y en mi alma parecía encenderse una nueva fe, y una alegre esperanza, como presintiendo una dicha ignorada, un bien delicioso que hasta entonces no había poseído...

Pero la misma noche en que por primera vez dormía Gracia Liñán en mi casa, cuando yo me desnudaba para acostarme, Marta, que durante el día había estado sometida a una tortura de fingimientos, dió ante mí rienda suelta a sus rencores:

—¡Ya estamos divertidos! ¡Por fin se ha metido aquí esa pelandusca! ¡Y no habrá un rayo que la parta! ¡Ya tiene dueña esta casa, como me ha dicho tu padre hoy!

—Marta—la interrumpí—, no hables así. Esa señora es como mamá...

Más que decir, barbotó, trémula de ira:

—¡Como tu mamá! ¡Más quisiera! ¡Tu madre fué una señora, y ésta es una bribona que ha engañado al tonto de tu padre!

—¿Por qué dices eso, Marta?—le interrogué con miedo.

—Porque es verdad, niño... Y es necesario que lo sepas, para que no te engañe también a ti la que viene a quitarte lo que es tuyo. Tú ya casi eres un hombre y tienes que aprender. Mira, niño mío: esa mujer...

* * *

Y en el silencio de la noche, sentada en el borde de mi cama, Marta me fué haciendo revelaciones que en mi alma niña producían un doloroso efecto, porque destruían aquella naciente fe de mi corazón, seducido por la belleza noble y las caricias inefables de la que ya era mi madrastra. Con una tenacidad a la que el rencor y el despecho infundían más fuerza, fué infiltrando Marta en mi espíritu todo el odio que embargaba el suyo... El ama de llaves, habituada a ser la única autoridad en la casa, la que lo disponía y administraba todo, se rebelaba contra la intrusa, que vendría seguramente a intervenir su dominio y a menoscabar sus funciones... En su furor, por concentrado y forzosamente obligado al disimulo, más lleno de encono, buscaba en mí un aliado, y

certeramente procuró desde el primer instante hacerme partícipe y cómplice de su antipatía hacia mi madrastra...

Para lograrlo, en aquella primera conversación desarrollada en el silencio nocturno, mientras al otro lado de la casa el amor cantaba la primera triunfal estrofa, el odio tejía junto a mí sus negras marañas, aprisionando mi imaginación...

Gracia Liñán, al decir de Marta, no podría jamás sustituir en mi corazón a la madre que el Destino me arrebató. Dios no podría permitir que en aquella casa fuera feliz la mujer que venía a robarme el cariño de mi padre. Gracia era una ladrona, una usurpadora, que había sabido engatusar a todos, logrando convertirse en la esposa de un caballero, luego de ser siempre una perdida.

—Porque ahí donde la ves, niño, con su carita de santa y sus modos que parece incapaz de hacer un mal, es una cualquier cosa. Ha sido del teatro, una comicucha de poco más o menos, culpa de que los hombres, que son unos necios, se arruinaran por

ella... Y ahora, el diablo, harto de carne... Ha engañado a tu padre, lo ha vuelto loco. ¿Cómo, si no, explicarse que un hombre como don Leopoldo Porena, todo un caballero, hubiera consentido en casarse con semejante aventurera, que ha tenido relaciones con otros hombres y ha dado tantos escándalos?

—¡Oh!, si tu madre, Rogelia del Aguila, aquella santa, levantase la cabeza y viera en su hogar—¡y en su propia alcoba, Señor!—a aquella perdida...

Aquellas confesiones de la mujer tan unida a mi existencia, en la que creía ciegamente, envenenaron mi alma, levantaron ya un obstáculo infranqueable entre Gracia Liñán y yo... Aquellas palabras "la intrusa", "la perdida", "la ladrona", cuyo significado completo no alcanzaba, eran como pelladas de barro lanzadas sobre su belleza, como manchas de suciedad y de injuria, sobre la que yo habría querido convertir en ídolo de mi vida...

Fué fecunda la obra demoledora del ama de llaves: Gracia Liñán se me aparecía como

una enemiga, que venía a llevarse lo que me pertenecía, "porque todo lo que aquí hay, niño—me afirmó Marta—, es tuyo y muy tuyo, porque te lo dejó tu madre, que era muy rica... Tu padre, cuando se casó con ella, no tenía un céntimo... Era un ingeniero, sin más caudal que su carrera, y con el dinero de tu madre se metió en negocios, en hacer ferrocarriles y puentes y todas esas obras que le reclaman tantas veces fuera de casa..."

* * *

No he podido luego en el curso de mi vida explicarme jamás—y, por consiguiente, creer en su sinceridad—esos misteriosos secretos de las almas exasperadas de amor por quienes no las aman.

Es posible que cada hombre sea como un mundo de distinta naturaleza espiritual que todos los demás. Y que así como hay almas impetuosas, bravas y decididas, cuya enorme energía potencial las hace generosas y desconocedoras del miedo; así como

hay temperamentos pusilánimes que se acobardan ante la vida, hombres productores de fuerzas, creadores de hechos, inventores y poetas, y otros son como espejos que sólo saben reflejar la realidad, existen también para el amor dos clases de capacidades: el alma en punta que, como un pararrayo, atrae todas las fuerzas de la pasión, y las esteriliza, y el alma imán, que sólo tiene poder sobre lo que le es afín... Hay corazones místicos que sienten el dolor como un acicate, que arden con mejor fervor cuando les hieren, y también corazones como filtros, que sólo dan, concentrados, los jugos que reciben; los unos son fuerzas de la Naturaleza, que llevan en potencia, luz, fuego, sentimientos propios capaces de irradiar sobre los demás y vivificarlos y hacerlos fecundos, y otros son, como astros muertos, satélites que sólo pueden moverse e iluminarse transformando en sí las energías que reciben...

Yo debo pertenecer a esta última clase de hombres espejos, de almas filtros, en los que no existen más sentimientos que los que los demás depositan. Así, yo no soy capaz de

querer a quien no me ame, ni mucho menos tomar el mal ajeno en mí y transformarlo en bien... Mi corazón es como un espejo, ya hoy deformado, que devuelve, acendrándolos, dramatizándolos, los gestos de los que a él se contemplan...

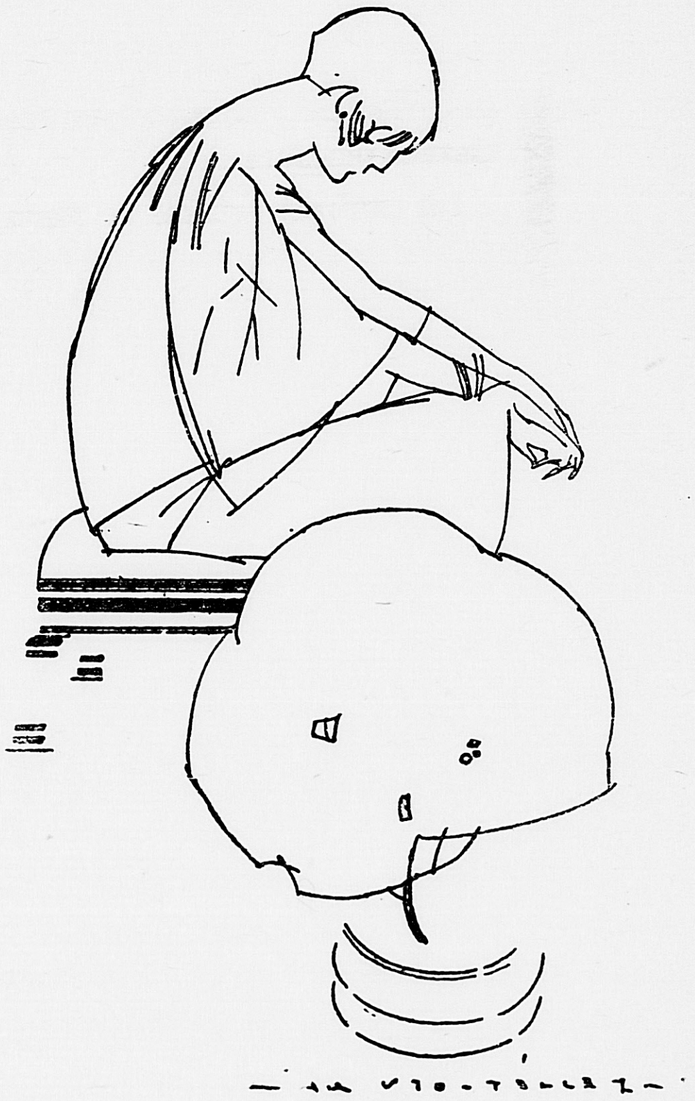
El odio, la repulsión, la antipatía que Marta puso en mi corazón hacia la intrusa fructificaron pródigamente... Desde el otro día, Gracia Liñán fué mi enemiga. Yo no podía mirarla sin que, de seguro, en mis ojos se reflejara la aversión que me inspiraba. Prevenido contra ella, en guardia contra lo que suponía habilidades hipócritas suyas por captarme, sus besos y sus palabras de afecto no hicieron mella en mí...

A los pocos meses estoy seguro de que Gracia Liñán me odiaba también... Tornóse fría, reservada, desdeñosa... Empezó a prescindir de mí, como si yo no existiese en la misma casa, y este abandono cordial, que no era al cabo sino justa reciprocidad a mis desvíos, exacerbaban mi repulsión y mi odio... La madre que yo no había conocido, que fué siempre para mí un fantasma, un

nombre, algo sin realidad afectiva, se fué trocando en mi corazón en un ídolo que alguien ultrajaba, un espíritu doloroso que reclamaba venganza...

Las continuas prédicas de Marta, que cada día veía mermada su autoridad en la casa y, por consecuencia, sus lucros, me tenían desasosegado... Mi excitada imaginación me presentaba como un mal terrible, del que era urgente librarse por cualquier modo, a aquella "intrusa"... Mi precoz, innata viveza reflexiva me hundía en continuas meditaciones, y estimulado por lecturas de cuentos y noveluchas, a los que tenía gran devoción, me gustaba imaginarme como un paladín de romance, como uno de los héroes niños de las leyendas caballerescas, puestos en la tierra por Dios para cumplir una obra de justicia, para vengar una ofensa gigantesca, en cuya empresa la sombra de mi madre me guiaba fatalmente al triunfo...

Mi padre, de modo inconsciente, fomentaba aquel odio de mi alma, riñéndome con



frecuencia por mi inequívoca aversión a su mujer...

Yo lloraba con lágrimas hondas, desgarrado por un dolor infinito, estas reprimendas... Para ocultar mi llanto me refugiaba en mi habitación, y allí iba a buscarme Marta, que, para consolarme, robustecía mi rencor y ahondaba en el surco de mis pesares con sus palabras enconadas...

—Sí, niño mío... Esa bribona acabará por quitarte el cariño de tu padre... ¡Es muy lista! A ti no te querrá en la vida nadie más que yo... ¿Verdad, mi rey?

Y sus besos rubricaban las frases... Besos que en ocasiones, poco a poco, íbanla enardeciendo en su triste lujuria de solterona, y acababan enloqueciéndola, y repitiendo en mí aquella laxitud a un mismo tiempo ardiente y enervadora, mientras ella saciaba en mí, como en una víctima propicia, su concupiscencia nefanda, su sed viciosa...

Iniciado en estas escenas de torpe enardecimiento, que me dejaban siempre una sensación de extenuamiento, de tristeza y de asco, el amor del hombre y la mujer era

para mí algo monstruoso y repelente, vértigo y crueldad que aniquilaba la razón...

Y así, el día que por primera vez sorprendí a mi padre besando a su mujer, toda mi alma, vibrando de coraje, me hizo estallar en una injuria:

—¡Asquerosos!

También fué la vez primera que sentí el golpe violento de la mano de mi padre en el rostro... Fué como una quemadura la bofetada aquélla, cuyo dolor aún me parece sentir, y su recuerdo llenó muchas horas de mi vida entonces, de tal modo, que pasados muchos días, cada vez que me acordaba del golpe sentía arder mi mejilla y corría al espejo por ver si aún conservaba en el rostro la huella roja de la mano paterna...

¡Me quitaba a mi padre, sí, aquella perdida!...

IV

Era fatal lo que ocurrió, previsto por todos los de la casa, menos por ella y por mí, a quienes la fuerza de nuestro odio privó de toda perspicacia.

Marta fué despedida por mi madrastra. Lloré yo con fiera desolación; llené la casa con mis gritos y mis protestas; ella proclamó también escandalosamente su cuita y la injusticia de que era víctima, pero la orden fué cumplida.

El nuevo orden que mi madrastra impuso en la casa, al hacerse cargo del gobierno de ella, descubrieron los latrocinios que el ama durante mucho tiempo vino realizando. Con-

venció a mi padre de ello la gran economía lograda por su mujer, dentro del mismo régimen de vida... En los armarios, al hacerse requisa, se notaron también huellas de las garras rapiñadoras del ama, y por si ello fuera poco en su contra, la doncella de mi madrastra nos sorprendió un día en el comienzo de una de aquellas escenas de estéril lujuria...

La ausencia de Marta produjo en mi alma una espantosa sensación de soledad... Era como si me hubiera quedado de repente sordo y ciego... Yo, sólo por labios de ella, escuchaba los ruidos de la vida, que el ama me descifraba, me razonaba y hacía comprender... Yo miraba a todas partes y no me daba cuenta de nada, porque faltaba a mi lado quien me justificara todos los actos, quien me explicara la oculta razón de todos los hechos... La vida, para mí, entonces era como un lenguaje misterioso, del que sólo Marta poseía la clave... Yo sabía leer aquel lenguaje; las acciones, las personas y las cosas eran cosas visibles ante mí... Pero sólo Marta, con su experiencia,

con su charla expresiva y envenenada, me descubría la significación de cuanto yo veía, me iniciaba en la oscura intención que a los demás animaba...

Al faltarme ella, todo en mi vida pareció deshacerse... Me encontré como hueco yo mismo y girando en el vacío... En mi corazón, al que habían desgajado su único afecto, ya sólo existía el odio...

Y así fuí durante meses en mi propia casa como un ente extraño, un niño adusto, triste y antipático, que pasaba por la vida, concentrado en sí, imaginando maldades...

Una tarde me sorprendió mi padre intentando prender fuego con unas cerillas a las cortinas de la alcoba donde mi madrastra dormía la siesta...

La impresión que me produjo la sorpresa y la paliza que a ella siguió fueron tan grandes, que caí enfermo... Durante semanas la fiebre me retuvo en el lecho, y en las nieblas de mi insomnio, en la turbación de las horas de calentura, mi madrastra, andando silenciosamente en torno a mi cama, se me apa-

recía como el ángel de la muerte dispuesto a aniquilarme.

Y, turbia visión en mis delirios, la veía siempre con la cabellera rubia y riza como una corona de llamas, y sobre los hombros blancos un trágico aletear de plumas negras...

* * *

Ya en la convalecencia, pasé por un momento de crisis en que parecieron derrumbarse todas mis energías... La falta de fuerzas físicas influyó, sin duda, en mi ánimo, y los cuidados y halagos que mi enfermedad requerían contribuyeron a ablandar aquella hosquedad y a debilitar la potencia de aquel odio, que como una llama viva sentía yo arder en mi interior...

No habíanse borrado, sin embargo, en mí mis antiguos hábitos de espionaje, y una tarde en que iba silencioso por una de las galerías de mi casa, escuché rumor de conversaciones en un gabinete contiguo...

Aunque la puerta estaba cerrada, agucé

el oído y escuché por las casi imperceptibles rendijas... Era mi madrastra la que hablaba con una amiga suya que había ido a visitarla...

Por más esfuerzos que hice, aunque cerraba los ojos creyendo que de este modo acentuaba mi facultad auditiva, no pude escuchar sino muy fragmentariamente el diálogo...

Dos veces, sin embargo, oí claramente... Una de ellas, la voz extraña de la visitante interrogaba:

—Y de Aurelio, ¿qué?

—No he vuelto a verle —respondía mi madrastra—. Y ahora, menos que nunca quisiera saber de él... Debe estar fuera de Madrid...

Se oscureció el tono del diálogo, y no me fué posible percibir más...

Sólo pasado un rato escuché claramente a Gracia decir:

—Con Leopoldo sigo bien. El está, más que nunca, enamorado de mí... ¡Si no fuera por el hijo! Es el único motivo que nos ha hecho ya reñir varias veces... Menos mal que

él ya se ha convencido de que a los dos el niño nos estorba, y en cuanto se restablezca completamente le llevará interno a un colegio...

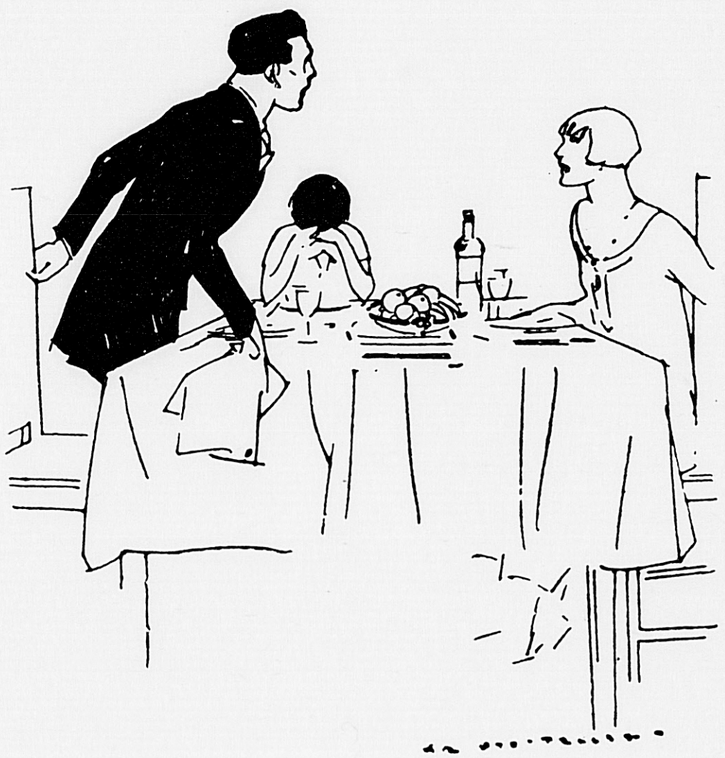
Oí los pasos de la doncella que se acercaban a la galería, y apenas tuve tiempo para huír...

Aquella noche, acostado desde temprano, me hundí en la meditación de lo que había oído... En la oscuridad de mi alcoba parecían brillar como trazadas con rasgos de fuego las palabras oídas a mi madrastra...

¡Yo estorbaba a mi padre! Y él estaba dispuesto a prescindir de mí, confinándome lejos, para siempre—pensaba—, en un colegio... Una ardiente congoja hizo que mis ojos se arrasaran llorando. ¿Por qué, Señor, la desgracia se ensañaba en mí? ¿Qué había yo hecho en la vida para no encontrar a mi lado un afecto, un cariño que me cobijara y me defendiera? En mis reflexiones llegué, agotando las ideas, a encontrarme culpable. Decididamente, razoné, yo era un estorbo, un testigo importuno que dificultaba la felicidad de mi padre. No cabía duda

de que él amaba a su mujer locamente, y para ella, era yo siempre en aquella casa una reliquia del pasado, el fruto del amor de otra mujer.. Mientras yo viviera sería en la casa como un recuerdo de la muerta; viéndome, nunca la memoria de mi madre podría extinguirse totalmente... Mi padre vería en mí la huella de un amor y de una dicha pretérita, y su evocación podría hacerle establecer comparaciones con lo presente... Ahincadamente se clavó en mi alma esta idea: yo era un testigo molesto, un estorbo para mi padre... ¿Por qué no me habría muerto también durante mi enfermedad? Y desde este instante, en mi cerebro debilitado de convaleciente se fijó, obsesionante, única, clara en su necesidad siniestra, esta idea: morir. ¿Por qué no? Así se me antojaba reparar todo el mal que mi presencia producía...

¡Morir! Veíalo como un descanso, como una fuga, como una ausencia infinita y una paz maravillosa que nada, nunca, podría turbar... Tuve una crisis de dolor, de exaltación mística, de miedo a lo sobrenatural,



que me hizo rezar con una devoción ardiente, mojando en lágrimas mis oraciones.

¡Morir! ¡Morir! ¡Qué clara se me presentaba la solución a aquella vida que me daba pánico!...

Morir sin que nadie descubriera mi pesar, llevándome conmigo para siempre el secreto de mi desdicha...

Salté del lecho, donde la excitación de mis pensamientos y no sé si la fiebre me hacían arder... Sin encender la luz, llegué hasta el amplio balcón que se abría a un lado... Tácito, cuidadoso, alcé la falleba de las puertas, descorrí luego con sigilo la persiana, temblando de que pudieran oírme... Miré hacia afuera; la alta noche negra y profunda no me dió pavor.

Llovía mansamente, y un frío cruel—frío de la madrugada de enero—me clavó sus alfilerazos en la carne...

—Voy a enfriarme—pensé.

Y al estremecerme me iluminó como un relámpago la idea obsesionadora. Sí; bastaba que permaneciese allí en el balcón, de-

jando que el frío de la noche traspasara mis carnes, para lograr la muerte...

Recordaba las advertencias que me hiciera muchas veces el ama Marta: "Niño, cuando estés acalorado o sudoroso, no te pongas al aire frío... Así te expones a una pulmonía..."

¡Oh! En esto estaba, pues, la solución... Rápidamente me despojé del holgado camisón de dormir y quedé totalmente desnudo en el balcón... A mis pies, el jardín de la casa era un amasijo impenetrable de sombras. Más lejos, horadaban las tinieblas de la calle algunas luces, como lágrimas amarillas colgadas en la distancia... Una brisa húmeda, cruda y fría hacía agitarse las ramas descarnadas de los árboles del jardín... En el cielo, entre nubes negras que parecían desflecarse, había ramalazos de un cárdeno intenso, rasgado a veces por débiles resplandores lechosos... La lluvia salpicaba mis carnes desnudas, y era en todo mi cuerpo como una sensación de alfilerazos...

Por no soportar impávido la inclemencia de la noche, alcé los brazos y los volví a ba-

jar y a extender muchas veces, con movimientos rítmicos de gimnasia...

—Así—pensé—, sudaré pronto y luego me enfriaré mejor.

¿Cuánto tiempo estuve así en el balcón desafiando a la negra noche con el escudo de mi pecho, que avanzaba como buscando mejor las flechas mortales del viento frío?

No sé, no sé... Rendido del violento ejercicio, sintiendo en mi piel las estrías del agua corriente, con el cabello empapado caído sobre la frente, temblando de tal modo que mis dientes, en su castañeteo, parecían ir a romperse unos contra otros, me retiré, al fin, del balcón...

Cerré cuidadoso persianas y puerta, volví a ponerme el camisón y me arrojé al lecho, palpitando, convulso, preso de un temblor vertiginoso de epiléptico. Una punzadura dolorosísima me taladraba las sienes y la nuca; un hormigueo eléctrico me roía en la carne de los brazos y las piernas...

—He cogido la pulmonía—me confirmé con hondo, ferviente júbilo—, y voy a morirme...

Y fué como si me fuera hundiendo, diluyendo, desvaneciéndome en una noche infinitamente negra, infinitamente triste, infinitamente tranquila...

V

¡Con qué fuerza inexorable el Destino nos condena a vivir!

Una noche, dos, muchas, durante aquel invierno cruelísimo repetí la terrible experiencia hasta cegar de frío y de extenuación... Y la Naturaleza ciega, la Naturaleza que impone por recónditos medios su voluntad de vivir, hizo el milagro de, en vez de destruir mi organismo, curarlo y endurecerlo... Aquel violento ejercicio, el frío agudo de la noche, la tensión extrema de mis nervios, el trabajo pulmonar que la ruda gimnasia me exigían, fueron como tónicos maravillosos para mi salud... En tres meses mi

tórax adquirió un admirable desarrollo; mi piel, curtida por el aire y el agua, tomó un tinte levemente ambarino; mis brazos adquirieron una fortaleza que antes no tenían, y los sueños profundos que epilogaban mis nocturnas experiencias obraban como magnífico sedante para mi espíritu.

Poco a poco, con el retorno total de la salud, con el aumento de mis fuerzas, fué serenándose mi cerebro, declinando hasta desvanecerse aquella obsesión pesimista que me arrastraba a la muerte...

Una mañana, recién levantado, mi padre me llamó a su alcoba. Una vez en ella me llevó ante el lecho, donde su mujer, muy pálida, como extenuada, yacía, y levantando un poco las ropas, me mostró un envoltorio de blancas sedas, de blancos encajes, entre los cuales se veía un rostro de muñeco diminuto y arrebolado.

—Mira, hijo—me dijo mi padre, cuya voz hacía temblar la alegría—: Gracia ha tenido este niño. Es tu hermano. Dale un beso...

Contemplé estupefacto al recién nacido. Entre las ropas nítidas, su cara pequeña y

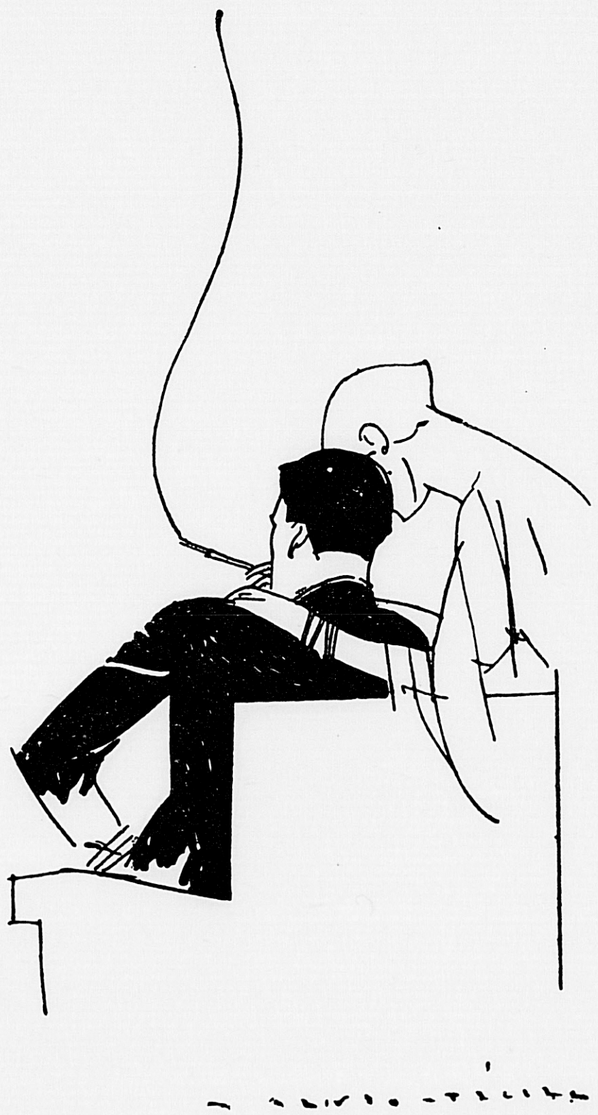
fea, colorada hasta la congestión, me ofrecía un gesto grotesco... Dormía el pequeño, y la boca abierta, grande y desdentada, parecía una rasgadura...

Obediente, sin embargo, aunque no ocultando mi molestia, me incliné sobre él... Mis labios rozaron algo tibio y blanduzco, que me estremeció, un poco de temor, otro poco de asco...

Y en este instante, aquel idolillo caliente y rojo despertó... Abrió cobardemente unos ojuelos agudos como dos ojales, en cuya abertura lucían dos lentejuelas... Su boca se contrajo y se dilató luego en una mueca absurda, y empezó a llorar con un maullido claro y largo y desagradable...

—¡Parece que ya me teme!—pensé yo... Y salí de la alcoba casi huyendo, conteniendo apenas la risa que me producía aquel monigote feo y escandaloso, que me habían dicho que era hermano mío...

Aquella tarde, yendo de paseo, me encontré a Marta, que me dijo había encontrado acomodo cerca de mi casa. Poco pudimos hablar, porque el criado que me acompaña-



ba nos oía; pero al referirle yo la novedad ocurrida en mi famliia, ella pudo decirme en voz queda, temblorosa de rabia:

—Sigue la lagarta enredando la madeja... Figúrate, si antes no te podía ver, lo que será ahora que tiene un crío... ¡Le pedirá al demonio que revientes! ¡Y así, todo lo que hoy es tuyo, será luego de más para su hijo!...

Se me clavó en el alma la advertencia... ¡Ah! ¡La perdida tenía ya quien le ayudase! Aquel hermano mío era, pues, un ladrón que contra mí venía...

* * *

Pero una tarde, dos meses después, aquel pequeño, feo como un macaco, ruidoso y llorón, ya no existía.

Yo acudí a la alcoba de mi padre, atraído por los gritos agudos que daba mi madrastra... La escena ha quedado fija en mi memoria... Gracia, desmelenada, llenos de lágrimas los ojos, gritaba trágicamente, arro-

dillada ante su cama, en cuyo centro yacía el pequeñín:

—¡Leopoldo!... ¡Mi hijo que se muere!

Mi padre, al otro lado del lecho, se curvaba sobre el cuerpecillo feble del muñeco... Sus mejillas casi rozaban los labios del pequeño, cuyo rostro era más chico que nunca... Parecía un viejecillo con las mejillas flácidas y colgantes de arrugas. Sus ojuelos mortecinos apenas podían abrirse... Como una corona lucía en la frente, cubriéndosela unas tripas amarillentas rellenas de nieve...

—¡Hijo! ¡Hijo mío!—sollozó, al fin, mi padre, con la voz ronca, tronchado por el dolor...

Yo estuve a punto de sonreír. Me parecía absurdo que llamasen a un niño que no sabía responder.

Gracia, a una contracción débil que torció en un gesto de amargura la boca del pequeño, se precipitó hacia él, aproximándole el rostro...

—¡Ya no respira, Leopoldo!—aulló, convulsionándose en un estertor que tronchó su

cuerpo sobre el lecho—. ¡Se ha muerto! ¡Se ha muerto!

Mi padre, silenciosamente, lloraba también, ceñudo, pálido, con la barbilla hundida en el pecho... Las lágrimas, resbalando por sus mejillas, iban a detenerse en la comisura de los labios, colgándose de su bigote, como gotas de mañanero rocío sobre un matorral...

Salí de la alcoba y bajé al jardín, empapado por el oro de un magnífico sol vernal... Sentía deseos de correr, de saltar, de gritar, bajo la pagana influencia de aquella tarde maravillosa, en que el cielo era terso y azul como un rútilo, luminoso cristal...

Un criado que salía se atrevió a reprenderme:

—Pero, señorito Alejandro, ¿está usted cantando? ¡Después de lo que acaba de ocurrir en la casa...!

Me callé, turbado. Pero inmediatamente, con un elástico ímpetu de atleta, salté por el parterre sobre un macizo de rosales en flor... Mi pie izquierdo rozó las flores, que se des-

hojaron en una lluvia de blancura amarillenta... Blancas, lívidas hojas de rosas, como el rostro marchito del niño muerto...

VI

Un lapso de cerca de un año se abrió entonces sin que nuevos sucesos alteraran mi irritada sensibilidad.

Empecé a ir a un colegio, y el cambio de ambiente, los nuevos amigos, los estudios y los juegos me apartaron de mi obsesión. Sólo dos veces al mes me llevaban a casa, y en tan breve espacio no había lugar a incidentes entre mi madrastra y yo.

Ella seguía tratándome con la misma esquivez, y yo persistía en tenerle idéntica aversión.

Vino la época de las vacaciones y me restituí a mi hogar. Acababa de cumplir

diez años, y me permitían ya cierta libertad. Los domingos iba solo a misa a una iglesia cercana, y algunas tardes salía de paseo con algunos amigos del colegio, bajo la no muy rigurosa vigilancia de un ayo...

En uno de estos paseos torné a encontrar a Marta, que se dirigió a mí y me abrazó con su ruidosa efusión característica.

—¡Imagine usted — alegó ante el ayo— cómo no voy a quererle, si le he criado yo!

Marta nos acompañó en el paseo largo rato, y logró fácilmente aislarme de mis compañeros.

Cuando una mirada a nuestro alrededor la convenció de que nadie nos escuchaba me dijo:

—Niño mío, sé una cosa, que si tú fueras capaz te librabas para siempre de la bribona...

—Ama, ¿qué dices?—le interpelé ansioso.

Y accediendo a mis ruegos, viéndome arder como antaño en su misma llama de odio, me hizo la terrible confidencia.

Su rencor, que no perdonaba, la había

hecho no perder de vista cuanto en mi casa pasaba.

Y por su propia vigilancia y por indiscreciones de la servidumbre había podido enterarse y comprobar que Gracia Liñán engañaba a mi padre, ausente desde hacía dos semanas en uno de sus trabajos de ingeniería: la construcción de una difícil carretera entre las sierras de una provincia norteña.

Todas las noches—yo podía comprobarlo desde mi balcón—, Gracia, cuando ya la servidumbre dormía, recibía a su amante, Aurelio Renedo, con el que ya había sostenido relaciones antes de su matrimonio.

El saltaba la verja del jardín, y mi madrastra le abría sigilosamente la puerta del hotel, en el que permanecía hasta poco antes de amanecer...

Aquella noche comprobé la verdad de lo que Marta me dijo: dejando entreabiertas las maderas de mi balcón, pude ver que cuando apenas acababa de dar la una, un hombre, alto y ágil, saltaba precipitadamente las verjas...

Poco después, arrastrándome por los pasillos llegué hasta la puerta de la alcoba de mi madrastra y oí en su interior un leve murmullo de conversaciones... Luego una tos viril, bronca y contenida...

Al día siguiente, muy temprano, escribía a mi padre, como me aconsejó Marta, una carta que decía:

"Querido padre: Creo mi deber de hijo decirte que, desde que tú estás fuera, todas las noches un hombre, don Aurelio Renedo, entra en casa y está con mamá en su alcoba hasta que va a ser de día. Lo he visto yo, papá, y por eso te lo escribo.

"Recibe un fuerte abrazo de tu hijo,

Alejandro."

Aprovechando que era domingo salí a misa solo. Y en un estanco próximo le puse el sello a la carta.

Al ir a echarla sentí que de dentro del buzón salía un hálito frío, de oquedad, que me detuvo la mano. Vacilé un momento, pero abrí los dedos y dejé caer el sobre. Sentí el leve golpe seco de la carta contra el fondo del buzón... Fué un sonido cortado y brusco, sordo, con no sé qué de medroso...

Luego yo he oído otra vez ese golpe atenuado, y también me ha hecho temblar...

Fué en un cementerio, un atardecer, escuchando lejanos los golpes de una azada sobre la tierra húmeda de una sepultura nueva...

VII

Tres noches llevaba ya de insomnio forzado, acumulando inauditas energías para que el sueño no cerrara mis párpados...

Ni tenia ni esperaba noticias de mi padre... Seguro estaba, advertido por los presentimientos, de que mi padre llegaría una noche, a la hora propicia de descubrir la verdad de mi delación... Y yo espiaba, con el alma en los oídos, todos los rumores nocturnos... Tres veces vi al amante de Gracia penetrar en mi casa; otras tantas le vi escalar la verja, cuando ya una débil claridad lechosa, un ramalazo violeta en el cielo, anunciaba la aurora... Desde mi balcón mis



ojos querían bucear en el mar de tinieblas en que el jardín yacía...

Aquella noche, la cuarta de mi espionaje, ya eran las tres de la madrugada, y el sueño, más poderoso que mi voluntad, empezaba a rendirme, cuando me estremeció un leve ruido, un golpe leve, sordo y lejano... Más que oírlo, mi espíritu excitado lo presintió... Miré ávidamente al jardín, casi volcando el cuerpo fuera de la baranda del balcón... Al hilo de la fachada del hotel, una sombra encorvada avanzaba, deteniéndose a cada momento, auscultando la noche...

Al pasar por el claro de luna que dos árboles dejaban entre sus sombras, lo reconocí: era mi padre.

Tumbado en el suelo del balcón para que no pudieran verme, observé cómo mi padre llegaba a la puerta, vacilaba un momento, se limpiaba el rostro con un pañuelo e introducía el llavín en la cerradura.

Sólo yo pude oír el leve crujido de la puerta, que giró levemente sin ruido, como preparada ya para el sigilo y el misterio...

Anhelante, conteniendo la respiración, sin

atreverme a incorporarme, arrastrándome por el suelo como un reptil, llegué al umbral de mi alcoba y abrí la mampara de cristales...

Escuché. La casa dormía en un silencio hondo, tan total y profundo, que me lo sentía vibrar en los oídos...

Y sólo yo, en la noche callada, en la casa dormida, sentí las pisadas cautas, lentas, de mi padre, violando el misterio de su hogar...

Nada más. De repente, un grito, un aullido de terror, un bramido extrahumano rasgó la noche... Vi que una sombra rauda, negra, empavorecida, volaba por las galerías... Y en seguida, consecutivos, tres estampidos, un estrépito de cristales rotos... Corrí, inconsciente, al balcón. Vi que una sombra cruzaba velozmente el jardín y saltaba la tapia. En este instante rasgó las tinieblas un ramalazo lívido y estalló otro tiro... Pero el fugitivo ya corría calle abajo...

Trémulo, palpitante de ansias, fuí a la alcoba de mi padre...

En el umbral me detuve espantado... Tendida en la alfombra, completamente desnu-

da, yacía Gracia Liñán... De su pecho y de su frente la sangre surtía a borbotones, empurpurando sus carnes blanquísimas...

Mi padre, arrodillado ante ella, que permanecía inerte, sollozaba, rugía, temblando, llorando como un loco:

—¡Muerta! ¡Gracia! ¡Gracia! ¡Te he matado! ¿Cómo voy a vivir sin ti?

Un movimiento mío llamó su atención. Me vió, y su mano izquierda crispada, y su mano diestra, que aún empuñaba la pistola, se tendieron hacia mí en un ademán de rechazo, mientras que con los ojos desorbitados de espanto y la voz desgarrada de dolor, me gritó:

—¡Vete! ¡Vete, maldito! ¡Tú me has traído aquí! ¡Vete o te destrozo! ¡Por ti la he matado!

Vi el resplandor de odio de sus pupilas dilatadas, y huí lleno de pánico...

—¡Mi padre me odia!—me gritaba dentro del cráneo mi razón—. Soy un maldito... Mi odio es la muerte...

Llegué a mi cuarto, y sin vacilar me dirigí al balcón. Trepé por la baranda y me

lancé al espacio, con la trágica conciencia de que debía morir, de que era reliquia de odio y de venganza, maldita por la vida...

Y, sin embargo, no me maté. Me recogieron destrozado, con la pierna derecha rota. En la caída, la rama de un árbol me saltó el ojo izquierdo.

Pero aún vivo. ¿Por qué? Porque soy malo, quizá, y el Destino necesita de hombres como yo para sus siembras malditas en el mundo...

VIII

Un año después de aquel drama que destruyó mi hogar, me recluían en un Colegio, del que no debía salir hasta cumplidos los veintitrés años...

Mi padre, luego del proceso que siguió a su crimen, y en el que la Ley piadosa le absolvió por aparecer demostrado el adulterio de mi madrastra, marchó de España, enfermo de dolor y de melancolía, y murió lejos de mí un lustro después...

¿Qué fué del ama Marta?

Jamás volví a tener la menor noticia de ella. Aquella mujer que sembró en mi alma las semillas del odio, que me hizo cómplice

e instrumento de su rencor, desapareció para siempre, se oscureció, con el orgullo de un verdadero artista del mal, al que basta la satisfacción de dejar al mundo su obra.

Y su obra era yo, con el corazón envenenado por todos los remordimientos, por todas las rebeldías. Cuando me vi débil, feo, inválido; cuando contemplé mi rostro, al que la cicatriz de una desgarradura rojiza daba un aspecto repulsivo; cuando me sentí vacilar, balanceándome sobre mi pierna rota a cada paso, me sentí víctima de una injusta crueldad... Y mi alma — que ya he dicho que por una misteriosa levadura de fuerza y de irritabilidad, no es propicia a la ternura—, se rebeló contra lo que estimaba una maldita persecución del Destino impío...

En el Colegio, no pude ser amigo de ninguno de mis compañeros. Ya empezaba a minarme el sentimiento de mi inferioridad ante la vida, y algunas burlas crueles—al cabo disculpables expansiones de mis camaradas—acabaron de cubrir mi corazón de una coraza fuerte, como el dolor propio, cuya medida me hacía insensible a la ajena desgra-

cia, amarilla como la envidia que despertaba en mí el gozoso espectáculo de los demás niños que tenían agilidad y belleza, simpatías y risas...

La adustez, la concentrada protesta contra la Suerte, que eran mi continua expresión, me hicieron huraño, de una esquivez que no era miedo, ni gesto tímido, sino violencia, rebeldía y ademán de rechazo...

Como un refugio, ya que no como un consuelo, busqué en los estudios un modo de aislarme y también un arma... Sentía vagamente que mi inferioridad física, mi fealdad, mi miseria sentimental, sólo podían encontrar compensación en hacerme más inteligente, más sabio que los demás.

Los libros fueron mi baluarte y mi fuerza... Cuando sobre el pupitre los contemplaba en montón ante mí, se me antojaban una barrera que me aislaba de los compañeros que me humillaban, y también un pedestal para alzarme sobre ellos y dominarlos... Los otros niños podrían ser más fuertes, más ágiles, más graciosos, más simpáticos, pero yo

llegué a superarlos a todos en ciencia, convirtiéndome en el orgullo del Colegio...

Y, sin embargo, cuando solo en mi lecho devoraba, en el silencio nocturno, mis recuerdos, y lágrimas de rabia manaban de mi único ojo y me quemaban las mejillas, yo sentía vagamente envidia de mis compañeros, y hubiera cambiado todas mis notas sobresalientes por dar uno de los atléticos saltos con que les veía jugar en el jardín, o por la ruidosa ternura con que los domingos, en la gran sala de visita, corrían alborozados a refugiarse entre los brazos de sus madres...

... ...

Cuando salí del Colegio, era un hombre ya. Pude ser un gran abogado o un médico o un químico eminente; tal vez un gran artista célebre o un político de prestigio...

Pero la Vida, a cambio de eso, no brindaba ninguna satisfacción a mi naturaleza. Desconfiaba de todo y temía a las burlas. Ni el Arte, ni la Ciencia, ni el triunfo valdrían la pena, cuando tras ello asomaran mi rostro descompuesto, mi cuerpo claudicante... ¿Para qué luchar? Además, era rico. Y ape-

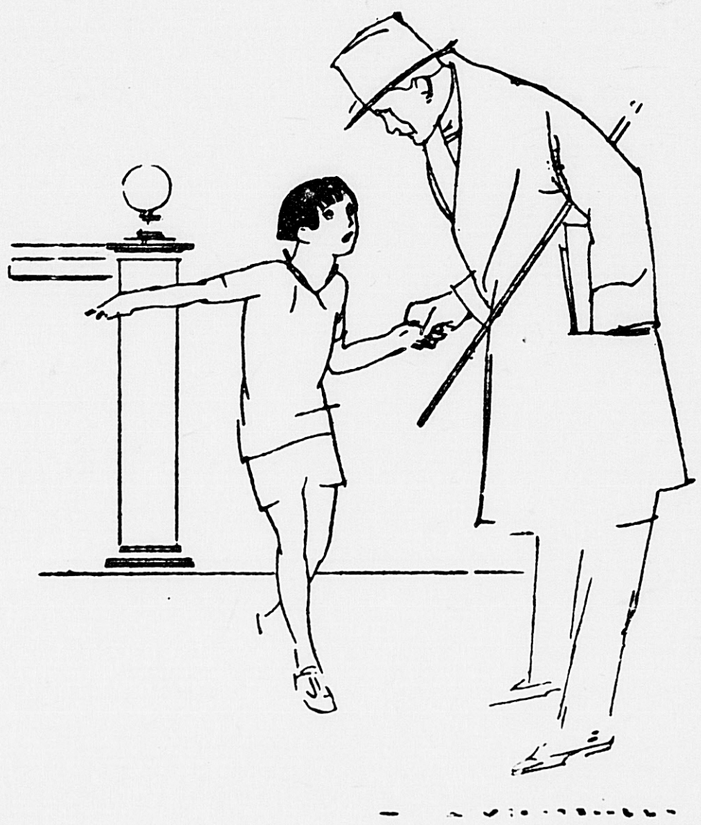
nas andados libremente los primeros pasos de mi existencia, vi que el dinero era mi única, mi verdadera fuerza respetable... Ella ponía sonrisas de adulación en los labios de los hombres y besos en la boca de las mujeres que encontré... El oro curvaba con su peso los espinazos ante mí en una reverencia, y disimulaba con su resplandor amarillo las muecas de asco que temía ver... ¡No era yo, pues, tan miserable, cuando aún hacía miserables a los demás!...

IX

Llego, con este episodio de mi vivir, a la cumbre de mi existencia, a la plenitud meridiana de mi carácter, que trabajado a golpes por la adversidad, muestra sus aristas más pulidas, tajantes e inflexibles...

Y ahora, viéndome solo, aislado, teniendo por delante el declive lento hacia un ocaso que me da horror prever, me dispongo a realizar el acto más importante de mi vida, culminando mi obra de amargura, de egoísmo, de fría y rectilínea tenacidad...

¿Estoy enamorado? No; mi alma, rebelde a toda ternura, no experimenta esa vibración generosa de entrega, de renunciación,



de idolatría y de sacrificio que debe ser el amor...

Deseo, ansío, deliro por que sea mía una mujer. Una mujer, que es la Mujer, cifra y síntesis de la belleza femenina...

Se llama Aurea, y es como un rayo de sol fundido en un transparente vaso de blanco alabastro oriental... Han quedado oros del sol en sus cabellos y dos rodelos de cielo azul en sus pupilas... Es alta, blanca, cimbreña y fragante como una vara de nardos... Tiene veintitrés años, y la luz rutilante de sus pupilas, la rojez encendida de sus labios, las gallardas arrogancias de sus pechos y sus caderas, en las que se realiza el arquetipo de la armonía humana, acusan una vida pletórica, fruto en sazón de la energía natural.

Y yo, enclenque, feo, más que triste, amargado, quiero que sea mía esta magnífica mujer...

Mi carne, mi pobre carne enferma arde sin quemarse en el fuego del deseo... Mi sangre viciada altera su ritmo, cuando mis ojos contemplan a esta Eva venusta y arrogante,

rosa carnal, en la que el Destino dichoso se ha complacido acumulando perfecciones...

Y ha de ser mía... La larva acecha a la fruta magnífica... El engendro sueña, se embriaga, delira, por la estatua...

* * *

Aurea es hija de don Eugenio, el administrador de unas fincas rústicas que poseo en términos de Sevilla, por herencia de mi madre...

Jamás había sentido la curiosidad de conocer estas propiedades andaluzas, cuyas pingües rentas son la base de mi fortuna.

Pero hace un mes, una noticia desagradable vino a sorprenderme. Don Eugenio, que ejercía también de secretario del Ayuntamiento en el pueblo donde radican mis fincas, había sido sometido a expediente judicial y amenazado de un grave proceso. Se habían descubierto graves defraudaciones, irregularidades en el Municipio, de las que a mi administrador parecía alcanzarle importante responsabilidad...

En el primer tren salí para Miralrío. Y a las veinticuatro horas de haber llegado al pueblo pude medir la gravedad del trance en que don Eugenio se hallaba...

Por si ello no bastase, a la semana, cuando estimulado por el recelo inspeccioné mis propiedades, hallé rastro abundante de los latrocinios de que durante muchos años me hacía víctima don Eugenio: fincas cuyo arrendamiento real era mucho mayor que el que figuraba en las cuentas que el administrador me rendía; pastos de cuya venta él solo se beneficiaba; rebaños vendidos de los que yo tenía; talas en los montes cuyo provecho no figuraba en mis liquidaciones... Materia bastante para encarcelar por largo a mi administrador, si no estuviera ya preso por sus infidelidades de funcionario público acusado por un desfalco de quince mil duros...

Mi presencia acabó de sembrar la consternación en el hogar de mi empleado. Yo, tremante de indignación, increpaba a don Eugenio, sin prestar oído a las lágrimas y a las súplicas de su mujer, doña Carmen, que

arrodillada ante mí me imploraba clemencia para no agravar más la suerte del desvalido, al que su ceguera de jugador sin fortuna había conducido al delito...

—No, señora—gritaba yo frenético de rabia—. Su marido es un ladrón, que ha abusado de mi confianza, y ha de pagar su culpa... ¿Cómo no lloraba usted cuando le veía derrochar lo que no era suyo?...

Y en este instante giró la puerta del despacho de don Eugenio, en cuya casa se desarrollaba esta escena, y apareció Aurea.

Fué el efecto eléctrico, fulminante, ígneo, de un deslumbramiento...

Se tronchó la voz en mi garganta, y mis ojos parpadearon con tic nervioso. Ella, pálida, blanca, de oro y de nácar en el cabello y en la carne, como una aparición, que se deslizaba suave sobre el pavimento, con un ritmo mágico, magnífica en su belleza, llegó hasta mí y dijo, con una voz dulce y argéntea que era caricia y era arrullo:

—¡Basta, mamá! Alejandro es bueno y no aumentará nuestra desgracia. ¿Verdad, Alejandro, que hará usted eso por nosotros?...

Quedé inmóvil, extático, sintiendo que una ardiente congoja me ascendía del pecho a la garganta, y un estremecimiento me corría a lo largo de la espalda...

Mis labios resecos se contrajeron, no sé si en una palabra o en la mueca ansiosa de un beso.

Mi ojo único recibió, como una descarga, el centelleo magnífico, hechizador, inefable, de las pupilas azules de Aurea...

* * *

Experimento un orgullo imponderable. Como en otras ocasiones, me engallo lleno de soberbia... Se nubla en mí la conciencia de mi inferioridad física, de mi rostro desfigurado, de mi pierna rota...

Soy más que un hombre. Como un dios, dispongo del destino ajeno. En mis manos, en mis trémulas manos de vicioso, están la felicidad o la desgracia de toda una familia...

Me basta querer, y doña Carmen cesará en su duelo; Aurea sonreirá dichosa, y el

desventurado don Eugenio verá su vida rehecha...

¡Bendito dinero, tesoro, fuerza y talismán que me hace ahora omnipotente!...

Y, sin embargo, con una lenta delectación morbosa, me complazco en prolongar esta madeja de pasiones, de dolores, de anhelos, que el Destino pone entre mis dedos...

Al través de sus hilos, yo veo el rostro perfecto de Aurea, su carne blanca, sus manos de lirio, sus ojos, como el cielo, lleno de luz, sus labios encendidos de sangre joven, la curva poderosa de sus pechos y sus caderas de hembra sana...

¡Será mía! ¡Será mía! Anoche, cuando por décima vez, en estos diez días que llevo en Miralrío, doña Carmen lloraba desolada ante mí, expuse, fría, rectilínea, incontrastable, mi decisión:

—¡Sálvenos usted, Alejandro!—sollozaba la dama.

Y yo, con un gesto, sereno el ademán, pero vibrando por dentro de afanes, la interrogué:

—¿Y por qué, doña Carmen? ¿A cambio

de qué he de renunciar yo a lo que me quitaron, y por añadidura dar mi dinero para librar a su marido?

—¡Alejandro, por la santa memoria de su madre!—rugía ella—. ¡Hágalo usted y seremos sus esclavos! ¡Pídanos usted lo que quiera!

—Oigame—la dije.

Hice una pausa calculada, durante la cual veía temblar a la anciana, con toda su vida pendiente de mis labios:

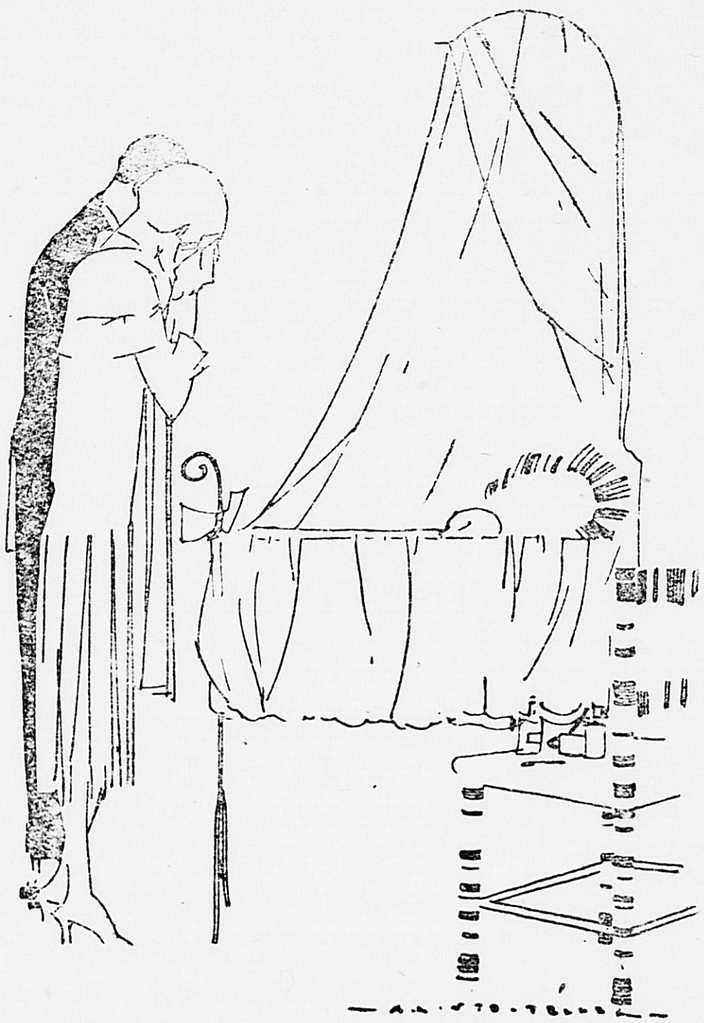
—Yo, solamente, de un modo, firmísimo, irrevocable, indiscutible, accedo a no presentar denuncia contra su marido, y a reponer la cantidad que desfalcó en el Ayuntamiento.

Vibró ella en una exclamación, un alarido de júbilo, de esperanza, de angustia...

—¡Dígalo! ¡Tome nuestra vida!—dijo después la cuitada...

—Quiero—añadí yo, lento, frío, mirándola a los ojos—. Quiero—repetí—que Aurea sea mi mujer...

—¡Hija mía!—clamó la anciana en un grito desgarrado, agudísimo de dolor, de miedo, de agonía...



Y, como respondiéndole, se alzó el tapiz del gabinete, y Aurea volvió a entrar, diciendo serenamente:

—¿Qué querías, mamá? ¿Qué te pasa?

—Oye, Aurea—balbuceó su madre, sin alentar—, lo que dice Alejandro...

Ella, sin un gesto, sin un ademán, con una voz débil que parecía lejana, contestó:

—Ya lo he oído, madre... Y me parece tan natural, tan justo...

Dió dos pasos hacia mí, y me dijo tan sólo:

—Por mi parte, no hay inconveniente alguno... Hoy mismo escribo a mi novio, que está en Madrid, y termino con él... Desde mañana usted manda. Yo acepto...

Y me brindó su mano con el brazo rígido. Yo la estreché entre las mías, que ardían de fiebre.

La mano de la estatua estaba fría...

X

Aquella frialdad pareció infiltrarse por la piel de la mano y correr por mi brazo y entrarme en el pecho...

Una vez más mi corazón aceleró su ritmo, a impulsos de la sorda cólera que me invade cuando sorprendo en los ojos o en los gestos de los demás la repulsión o el desvío que les inspiro...

Aurea se brindaba a mí como una víctima, como una mercancía inerte a la garra codiciosa del mercader... Ni aun en los trances angustiosos de aquellos días pasados, cuando de un impulso de generosidad, por mi parte, dependía su felicidad, tuvo para mí

una sola mirada de simpatía, de ternura, de comprensión...

Ella vió bien pronto mi deseo; se sintió codiciada, y su orgullo se rebeló, en fiera protesta, como si constituyera una terrible injusticia, una cruel humillación, una osadía grotesca, que yo—precisamente yo—pusiera mi afán en ella, tan hermosa, tan fuerte, tan blanca...

Aquella frialdad de su mano, que me revelaba el estado de su alma hacia mí, si no amortiguó el deseo que de su belleza sentía, me hizo odiarla yo también...

¡Otra vez el alma-espejo, el alma fría devolviendo a la vida los gestos malos de los que a ella se asomaban!...

Al día siguiente, al encontrarla en uno de los pasillos de la casa, noté en ella, instintivo, un ademán de fuga, intención de librarse de mi presencia...

Yo la detuve, autoritario:

—¡Aurea! ¿Me temes?—la interrogué.

Ella se engalló, magnífica:

—Yo, no. ¿Por qué?—Y en su voz había un irreprimible desdén.

—Te parezco odioso, ¿verdad?—insistí.

—No—r e p l i c ó ella, tuteándome también—. Cada uno hace sus negocios como puede... Tú haces el tuyo, que es el de tu gusto. A mí no me has forzado para aceptarte, ¿verdad?—y temblaba en su voz la ironía—. Te he elegido libremente, ¡porque sí!...

—Entonces—volví a apremiarla—, ¿no te parezco repulsivo?

Me miró fija, y respondió serena:

—No; te lo aseguro...

Me acerqué a ella hasta percibir su fragancia, hasta sentir en mis manos extendidas la irradiación tibia de su cuerpo, y le pedí:

—¡Déjame entonces que te dé un beso!

Fué instintivo, innegable, súbito, su gesto de rechazo, que la hizo retroceder dos pasos, ahogando un grito...

Se repuso en seguida y respondió:

—No. Cuando cumplas lo que has prometido hacer por mi padre...

Sonreí con despecho, interrumpiéndola:

—¿Y quién me garantiza que después de

que yo haya cumplido mi promesa no te olvidarás tú de la tuya?...

Aurea vaciló un momento, meditando. Luego tornó a acercarse a mí, me puso una mano en el hombro y me interrogó:

—¿Tú te comprometerías, de un modo ineludible, a hacer lo que has ofrecido si te doy la seguridad de cumplir yo?

—¡Sí!

—Pues esta noche—añadió bajando la voz—, cuando mamá y la criada duerman, ven a casa... Yo te abriré la puerta... y hablaremos. Nuestro pacto quedará sellado de tal modo, que ninguno de los dos podamos arrepentirnos...

Me volvió la espalda y se alejó, gallardeando gentilmente su cuerpo, en el que, a cada paso, las caderas tenían un titubeo poderoso y lascivo...

* * *

Era ya cerca de la una de la madrugada cuando, cauto, trémulo de ansiedad, de emo-

ción, salvaba el zaguán de la casa de mi administrador...

La oscuridad era total. El silencio, tan absoluto, que yo escuchaba el tic-tac de mi reloj de bolsillo acompasando el ritmo frenético de mi corazón...

Aurea me llevaba de la mano como a un niño ciego... Ciego iba yo de ansias, sintiéndome arder al contacto de su carne... Subí lentamente, tacteando en la baranda, dos tramos de escalera.

—¡Cuidado, por Dios, ahora! — musitó Aurea, tan quedo y tan cerca de mí que sentí el soplo de su aliento en mis mejillas...

Un minuto después entraba en una habitación cuya puerta se cerraba cautelosamente tras mí...

Oí el chasquido de un conmutador, y, al hacerse la luz, me vi en la alcoba de Aurea... Cerca de mí, el lecho mostraba su blancura de encajes, de sedas, como un altar...

Aurea estaba a dos pasos, pálida, alentándole el pecho, de cansancio, de emoción. Más bella que nunca en su turbación; anhelante, como si un presentimiento deleitoso y

temible al mismo tiempo la hiciera vibrar de inquietud.

Adiviné que ya se había desnudado, y que luego, para bajar a buscarme, había vuelto a vestirse con nerviosa precipitación... Su bata blanca, que la modelaba con la gracia severa y sensual de una clámide que ciñera lascivamente su cuerpo, estaba mal abrochada... La seda de la veste parecía acariciar, poniéndolas de relieve, las turgencias magníficas de sus senos, y en el descote era como un deslumbramiento—leche y rosas amasadas—la blancura de su carne... Los ojos de Aurea, que la luz artificial oscurecían, brillaban como dos prodigiosas gemas...

Olía la alcoba a mujer, a carne limpia, aromosa de feminidad, a esencias suaves, que como una blanda, lenta, húmeda caricia incitadora llegaba a mis sentidos...

Contemplé con avidez, temblando de impaciencia y de deseo, a la mujer, tan cercana a mí, que el silencio de la noche y la intimidad propicia de la alcoba parecían brindarme...

Ella me miró, y como siguiendo el hilo de un pensamiento me interrogó:

—¿De modo que estás dispuesto?

—¡A todo lo que tú quieras!—balbucí en voz queda, impuesto del recato que el misterio de la noche y la rareza de la aventura tejían en torno de los dos...

—¿No te arrepientes? — insistió ella —. ¿Estás dispuesto a mantener tu palabra?

—Como tú quieras — barboté —, siempre que seas mía... ¡Déjame darte un beso, Aurea!

Ella sonrió, con una risa nueva y provocativa que yo no conocía... Se acercó a mí, y un momento pareció brindarme su boca, que yo adivinaba perfumada, ardiente y jugosa como una rara flor...

—¡Espera! — dijo —. Un momento nada más... ¡Lee eso!

Y del seno, con tal precipitación que saltaron los broches de la bata y vislumbré la curva armoniosa de uno de sus senos, extrajo un pliego.

Yo lo tomé trémulo... En rápida ojeada lo

leí con la aguda atención que mi curiosidad y mi ansia me brindaban.

Era, escrito a máquina, un contrato en regla, por el que yo, luego de reconocer la rectitud y la honradez con que don Eugenio había administrado mis fincas, le ratificaba mi confianza y le aseguraba por diez años en su puesto, garantizándole además cien mil pesetas, que reconocía deberle como anticipos que él había hecho para la mejora de mis propiedades... Era, sencillamente, la absolución de los latrocinios de mi administrador y, por añadidura, el dinero necesario para librar a don Eugenio, reponiendo la falta, de las resultas del expediente que se le instruía por sus infidelidades de funcionario público...

—¡Pero esto es absurdo!—exclamé luego de leer el documento.

Aurea, radiante, serena, magnífica de arrogancia, replicó:

—Sí, Alejandro; eso es tan absurdo como que yo pueda ser para ti...

—¿Por qué—protesté—voy yo a aceptar esto?

—Porque esto, Alejandro, tu firma al pie de ese contrato, ¡soy yo!...

Y repitió, brindándoseme, ofreciéndoseme, con un gesto insospechable en ella de magnífica impudicia:

—¡Soy yo, Alejandro! ¡Soy yo, para ti!

Y me retaba con el brillo de sus ojos, que se clavaban en mí; con su ademán gallardo de ofrecimiento y desafío... Hasta sus pechos en punta, bajo la seda de la bata, parecían desafiarme...

Yo, febril, enloquecido, congestionado, con un temblor de epilepsia en las manos que como garras se me crispaban ansiosos de presa, saqué mi estilográfica y aullé, con una voz quebrada y gutural:

—Si firmo ¿serás mía ahora mismo?

—¡Sí! ¡Firma y tómame! — gritó Aurea abriendo sus brazos.

Tracé, con rasgos amplios que parecían hendir el papel, mi firma en el documento y lo tendí hacia Aurea.

Ella lo tomó, lo estrujó con un estremecimiento de júbilo y se dirigió a una mesita colocada junto al tocador... Abrió un cajón

del mueble y, rápida, se volvió hacia mí. En su mano derecha empuñaba una pistola.

—Ahora—me dijo con concentrado acento—¡vete, o te mato!

Exhalé un rugido de rabia y de impotencia. El hueco del cañón de la pistola parecía mirarme como una negra pupila...

—Me has engañado, Aurea—balbuceé...

—No. Yo soy mujer capaz de cumplir lo que prometo, ¡pase lo que pase!

—Entonces ¿serás mía?...

—Sí—afirmó ella—. Cuando seas mi marido: el mismo día que mi padre esté libre de todo... Yo me vendo como esposa, no como querida... ¡Vete esta noche!

—¿Y si me engañas?—insinué temblando al mismo tiempo de miedo, de rabia y de deseos...

—Me matas... Tienes derecho. Pero esta noche ¡vete!

Implacable, negra, rígida, la pistola me amenazaba.

Ella mostraba sus pechos casi desnudos...

Yo no me atreví... Me faltó el ímpetu para

el salto felino, para la arrogancia suicida, para el ademán viril...

¡Oh, si yo hubiera sido fuerte y ágil! Pero aquella hembra poderosa y perfecta se me imponía con la fuerza de su naturaleza avasalladora y bella...

Y sumiso, una vez más vencido por la vida, que me traicionaba, que me burlaba, salí de la alcoba.

Aurea, tras de mí, iba haciendo brillar las luces...

Entré en el misterio como un ladrón, y salía sin ocultarme, como si fuera un dueño y era un vencido...

Al pasar frente a una puerta oí unos sollozos, como un murmullo de rezos, en los que me pareció percibir la voz de doña Carmen...

XI

Tres años llevo ya casado. Desde el día de mi boda hasta hoy, he sentido, hora por hora, ensancharse el abismo de repulsión, de odio, de antipatía que separa a mi mujer por mí...

No por ello experimento dolor alguno. Sé que únicamente el sándalo perfuma el hacha del que lo destroza...

Y yo, para Aurea, fuí el verdugo que destruyó su ilusión, su juventud, su vida... Estatua magnífica, víctima inmolada a mi deseo, se brinda a mí con la inerte resignada obediencia de una esclava... Su carne fría, su carne muda a mis caricias, es como de

mármol... Bajo su piel tersa, bajo su carne fragante, su alma, su sangre y sus entrañas, treman de dolor, de protesta, de asco contra mí... .

No me importa. Yo sabía que con mi dinero sólo compraba su carne magnífica, su cuerpo perfecto y armonioso como una lira...

Nuestra vida transcurre con la monótona frialdad de un río, en cuyas aguas las riberas estériles no asoman la tentación de sus rosas pasionales...

Jamás salimos juntos, y nos reunimos en la mesa como dos conocidos huéspedes encadenados por la rutina al mismo mesón, que se tratan correctamente y no tienen nada que decirse... Luego, por las noches, en el misterio propicio de la alcoba, mi lujuria, que la posesión no extinguió, obtiene sus triunfos diabólicos y egoístas, sin que con sus bramidos haya un sollozo que rime, ni las estrofas del amor pongan su letra a la sinfonía bárbara de mi deseo...

Aurea no se queja jamás. Su altivez, su soberbia, la vedan la humillación de un reproche... Cumple su compromiso con la inexora-



ble frialdad de una máquina... Yo no aspiro a más tampoco. Como siempre, vivo para mí, gozándome tan sólo con el espectáculo miserable de toda una humanidad que se cree dichosa haciendo cabriolas sobre un abismo...

Sé que cometí una felonía, que mi matrimonio fué una infamia...

Pero, ¿cómo si no reptando iba la larva a poseer la fruta?

* * *

¡Magnífico suceso! Aurea está encinta... En sus entrañas impasibles, en sus entrañas que durante tres años el desamor parecía haber hecho estériles, la vida, indiferente al bien y al mal, al odio y al amor, germina ya con promesa de fruto...

El gusano dejó su ponzoña en el fruto; el engendro clavó sus cinces en la estatua, y la deformó turbando su impasibilidad de obra de arte de la Naturaleza...

Voy a tener un hijo. Me parece perfecta-

mente grotesco el suceso, que, sobre todo, me contraría, porque ha afeado, vedándomelo, el cuerpo deseado de la mujer que compré...

XII

Volví a casa ya de noche. Desde primera hora de la mañana vagué por Madrid. Comí en un restaurante y di un largo paseo por las afueras.

Me había lanzado a la calle, huyendo de las molestias que adivinaba iba a sufrir en casa. Había llegado el momento decisivo.

Aurea, desde la madrugada, se retorcía en el lecho, gritando de dolor... Lívida, desorbitada, sudorosa, nada parecía quedar en ella de la mujer que se brindaba magnífica a mi deseo...

Realmente era triste, sucia, la vida desde su misterio inicial... Aún antes de nacer, ya



nos anunciamos con dolor, con un espectáculo lamentable y repulsivo... Hay, sin duda, algo de protesta, de daño, de rebeldía, en cada vida que empieza...

Yo no quise soportar este espectáculo, a un mismo tiempo sucio y escandaloso, y me lancé a la calle, dejando a mi mujer al cuidado del tocólogo y de las criadas... Lo que iba a ocurrir sólo me producía impresión de desagrado...

¿Por qué capricho de la suerte nacía aquel hijo que nadie esperaba, que ni Aurea ni yo deseamos jamás? La Naturaleza era cruel... Un hijo mío, que engendró la lujuria de un hombre enfermo en las entrañas de una mujer que odiaba al macho, ¿qué monstruo, qué cosa lamentable, podrida y maldita sería?... Así, el dolor y el odio se eternizan, porque la Naturaleza no sabe hacerlos estériles, y sus siembras tristes llenan el mundo... Y así es el mundo...

... ...

... ...

Cuando llegué a mi casa me sorprendió el gran silencio de ella.

La doncella de mi mujer salió a mi encuentro llorando.

—¡Señorito!—gimió—. ¡Cuánto ha tardado! ¡Le han buscado por todas partes!...

Y, entre sollozos, me fué contando lo sucedido: El alumbramiento fué terrible, forzado, dolorosísimo. Ante el inminente peligro, el médico tuvo que operar...

Y desde el mediodía mi mujer era presa de una fiebre altísima que la hacía delirar, entre aullidos de dolor... El tocólogo había extraído viva a la criatura, un niño; pero la madre estaba gravísima...

—¡Se muere, señorito; se muere! El médico no tiene esperanza ninguna... Ahora mismo ha salido para buscar a otro doctor...

Penetré en la alcoba de mi mujer, separada de la mía por un gabinete.

En el lecho yacía Aurea, lívida, con los cabellos pegados a la frente por el sudor y los labios crispados en un rictus de agonía...

Uno de sus ojos, desorbitados, parecía querer escapársele... Su nariz se había agudizado terriblemente, y era un trazo duro y

tajante que le dividía el rostro... Su barbilla temblaba frenética, como si estuviera acometida de un gran frío... De vez en cuando una sacudida la estremecía con tal fuerza que ballesteaba en el lecho y alborotaba las ropas... Una de sus manos, crispada, se engarfiaba en un almohadón...

Recuerdo que llegaron los dos médicos y pronunciaron en voz baja raras palabras... Me daban ánimos los criados, que gemían sin cesar...

Tuve sed y fuí a mi alcoba... Estaba frío, impasible, tan dueño de mí como siempre. Todo aquello me producía una molestia desagradable. Cuando vi mi cama preparada, sentí que tenía sueño.

—Pero, ¡no! — reflexioné—; estaría mal que me acostara ahora...

Llegué ante los cristales del balcón... y miré a la calle... La noche, negra y cerrada, me recordó otra noche muy dura de mi vida... Los faroles colgaban en las sombras sus guirnaldas de diminutas flores amarillas, y un viento frío, que empañaba los cristales, mecía las acacias del paseo... Entre desga-

rrones de nubes, de vez en vez, titilaban las estrellas, horadando trozos de cielo azul... A poco empezó el tamborileo de la lluvia...

No sé cuánto tiempo permanecí así, inmóvil, sin pensar en nada, con una sensación de estar hueco o muy lejos...

De repente me estremeció un pequeño grito, algo semejante a un quejido, una voz débil y quebrada que sonaba dentro de mi alcoba...

Hice girar el conmutador eléctrico, y la gran lámpara que pendía del techo bañó de blancos resplandores la estancia...

Vi entonces que en un ángulo de la habitación estaba un "Moisés"... De él partía aquel ruido.

Me acerqué cauteloso y miré con cierto temor, con recelo... En mi imaginación volvió a presentarse la figura de aquel otro hermano mío, monigote feo y rojizo que me vi forzado a besar...

Quedé sorprendido... Entre las ropas blancas, como flotando sobre las espumas de encajes y sedas, se mostraba un rostro mofletudo y sonrosado como el de un angelote

murillesco, con el pelo, claro y rubio, hecho sortijas... Dos manos gordezuelas, de finos dedos, aleteaban en el aire, contrayéndose graciosamente... De la boca, roja, de la criatura salía un grito cortado, fuerte... Las pestañas trazaban la línea de los ojos, grandes, de sonrosados párpados.

¡Era mi hijo!... Alcé las vestiduras del lecho y vi el bulto que hacía su cuerpo envuelto en mantillas... Le palpé detenidamente y pude comprobar su volumen... Sin darme cuenta de lo que hacía, entreabrí sus ropas y le vi desnudas las piernas: eran como dos rollos de carne sonrosada, a cuyo remate, los pies, diminutos, mostraban, como cuentas de coral, los dedos pulidos como los de un muñeco de celuloide... El pecho, bajo la camisita de seda celeste, se adivinaba conformado en curva robusta...

¿Y era aquél mi hijo? ¿El hijo que la lujuria engendró en las entrañas esquivas, en las entrañas negadas al placer, en las entrañas impregnadas de odio?

Lloraba, lloraba el niño desesperadamente... Le puse la mano en la boca para apagar

sus chillidos. Y con un movimiento brusco, el monigote intentó librarse de la presión y gritó más agudamente...

—¡Apenas acaba de asomarse a la vida y ya protesta, ya se rebela!—pensé...

Seguí contemplando al recién nacido... Sus pulmones anunciaban cumplidamente su vigor... Sus manos parecían trenzar en el aire una madeja invisible y a veces se contraían como si quisieran coger algo...

Yo le miraba... Parecía como si mis miradas estuvieran sujetas por hilos invisibles al cuerpo del chiquillo y no pudieran apartarse de él...

—Así fuí yo—pensé entonces—. Un montoncito de carne inconsciente, y ya la vida me había destinado al dolor... ¿Y qué sabía yo, qué sabía mi hijo, en este instante, de la vida y del odio y del dolor mismo?... Era barro recién amasado, tierra, dispuesta a todas las semillas... ¿Y qué simiente arrojarían en los surcos de su corazón, qué malditos escultores modelarían su alma?...

Y el niño lloraba, lloraba desesperadamente.

Inconsciente, me incliné sobre la cuna y lo tomé en brazos...

Súbito, el niño cesó de llorar. Yo sentía en mis manos el peso de su cuerpo, que me daba calor a través de las mantillas...

La doncella irrumpió precipitadamente en la alcoba.

—¡Señor, señor, que la señorita está muy mala! ¡Le ha dado un ataque!

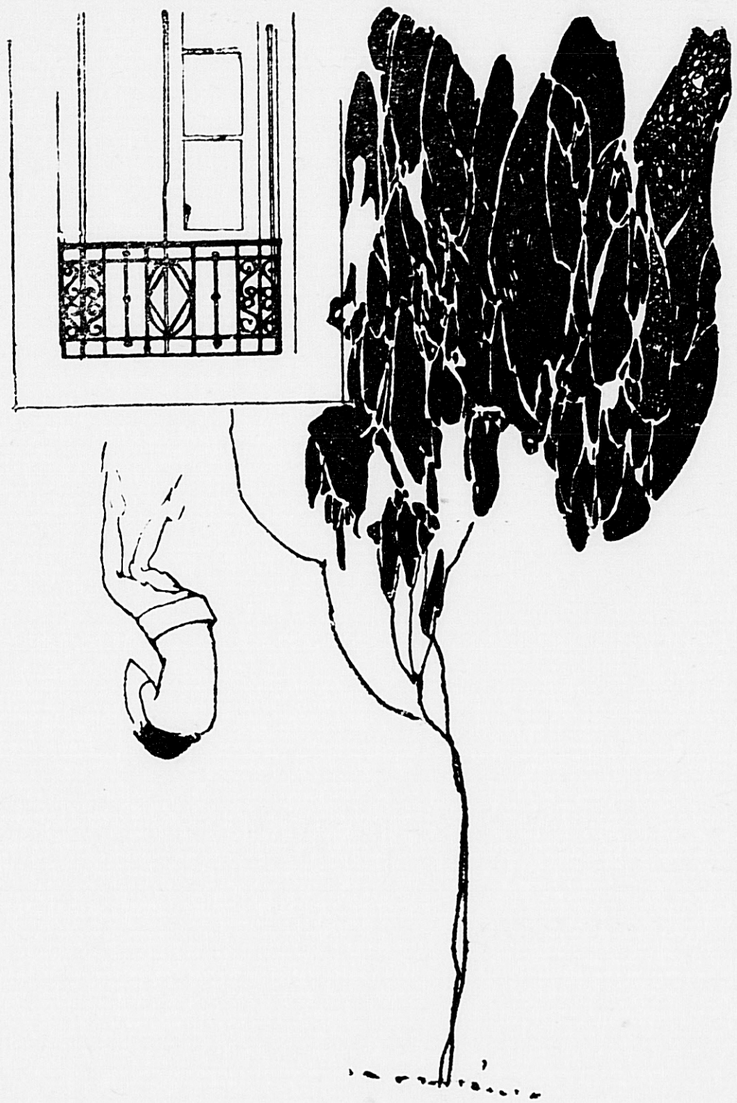
En este instante el niño, en silencio, abría los ojos.

—¡Vete! ¡Déjame! ¡Ahora voy!—grité a la criada.

Mi hijo, lentamente, plegaba los párpados a causa de la luz... Incliné la cabeza sobre él para darle mi sombra en el rostro...

Y entonces, despacio, muy despacio, el niño volvió a abrir los ojos. Parecía mirarme... La razón me decía que esto no era posible, que el niño miraba sin ver, que sus pupilas eran tan sólo como dos diminutos, redondos espejos, que impasibles aún, se abrían a la vida...

Pero yo me vi en ellos... Vi, microscópica,



mi cara en los ojos de mi hijo... Su cuerpo tibio pesaba entre mis brazos...

¿Y era posible que fuera aquello, reliquia del odio de una mujer, hijo mío? La Naturaleza obraba un milagro, y a mí, enfermo y cruel, me daba aquel hijo hermoso, sano, magnífico.

Los ojos del niño parecían mirarme... Eran, desde hacía muchos años, las únicas pupilas humanas que, al fijarse en mí, no brillaban de extrañeza, de repulsión o de maldad...

Espejos nítidos, puros espejos eran los ojos del niño... Mi fealdad se asomaba a ellos, y no se enturbiaban... Ellos y el alma del niño reflejarían lo que a ellos se mostrara.

Sentí que una súbita ternura, hecha fuego, hecha emoción, hecha algo grande, hondo y desconocido para mí, me fundía el alma, comprimía mi corazón y llegaba hasta mis mejillas... Una lágrima, una sola, se desprendió de mi ojo único.

E inconsciente, como si él pudiera entenderme, dije, mirándome en sus pupilas:

—¡Hijo mío! Tú serás feliz. Yo fuí malo

porque de niño no tuve amor, porque el odio fué el veneno que sembraron en mi alma y fructificó y lo devolví al mundo con creces... Hijo mío, para tus ojos, que son los primeros en mirarme sin horror, yo haré que sean bellos todos los espectáculos de la vida. Tú no sabes nada del bien ni del mal... Darás lo que en ti pongan. Y yo te daré amor, hijo mío, para que tú lo derroches por el mundo...

—¡Señorito!—gritó, entrando desolada la doncella—. ¡La señora se muere! ¡Venga usted!...

El niño rompió a llorar.

—¡Vete! ¡Déjame! ¡Ahora voy!—grité a la criada.

La madre se moría... El odio dejaba de existir.

—¡Ya no quedamos más que tú y yo, hijo mío! Reliquia de odio, yo te haré reliquia de amor...

Y un minuto después, mientras oía llantos y gritos en la alcoba contigua, mientras la Muerte llegaba a ella, yo me sorprendí a mi mismo, arrullando a mi hijo con la mejor can-

ción de la vida, que yo aprendí no sé cuándo:

Duérmete, niño mío,
que viene el coco...

Y al murmullo de mi voz, el niño volvía a dormirse dulcemente...

Juan Ferraqut

LEA USTED

El hijo legal

POR

ARTEMIO PRECIOSO

CON UN PRÓLOGO DE

W. Fernández Flórez

Contiene este volumen las siguientes novelas: El hijo legal. - La vida estéril. - El descontento. - Fémina. - Noche de luna.

CUATRO pesetas cada volumen

PEDIDOS A

La Novela de Hoy

FERNANDO MORA

LA NECESIDAD DE PECAR

Novela madrileñísima del castizo y popular autor de tantas bellas producciones. Obra maestra en su género, que consagrará definitivamente la reputación de su autor. Portada de Baldrich. Prólogo de Artemio Precioso.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

Acaba de publicarse

EL PAPA DEL MAR

La última y más interesante novela de Blasco Ibáñez. Portentosa evocación del papa Luna, El cisma, San Vicente Ferrer, La resistencia en Peníscola. Cinco pesetas en todas las librerias.

PEDIDOS A
EDITORIAL PROMETEO
VALENCIA

La "Editorial Atlántida"

ha puesto a la venta las siguientes obras:

Memorias galantes del señor de Brantome

Prólogo, notas y traducción de

ARTEMIO PRECIOSO

DOS PESETAS EJEMPLAR

Patria

tomo III de las obras completas del gran escritor cubano

JOSÉ MARTÍ

ordenadas y prologadas por A. GHIRALDO

CINCO PESETAS EJEMPLAR

La capa del estudiante

libro de versos por

MARIANO TOMAS

TRES PESETAS EJEMPLAR

La Editorial Atlántida

ha puesto a la venta las siguientes obras:

VOLVER A VIVIR

el hermoso drama de FELIPE SASSONE, que tan clamoroso éxito alcanzó.

Ejemplar, 3 pesetas.

Las horas del amor y de la muerte

que contiene lo más escogido entre toda la obra de magno estilista RICARDO LEÓN.

Ejemplar, 5 pesetas.

LIBERTAD

Tomo cuarto de las obras completas del gran escritor cubano JOSÉ MARTÍ, prologadas y ordenadas por ALBERTO GHIRALDO.

Ejemplar, 5 pesetas.

Pedidos a **Editorial Atlántida** y **Novela de Hoy.**

MENDIZÁBAL, 42. MADRID

La Novela de Hoy

OFICINAS: MENDIZÁBAL, 42

MADRID

APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Año.....	14 pesetas.
Semestre.....	8 —

EXTRANJERO

AÑO.....	22 pesetas.
Semestre.....	14 —

PORTUGAL

Año.....	16 pesetas.
Semestre.....	10 —

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pago por medio de Giro postal o sellos de correos.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

LA NOVELA DE NOCHE

OFICINAS: MENDIZÁBAL, 42

MADRID

APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

ESPAÑA

Año..... 32 pesetas.
Semestre..... 19 —

EXTRANJERO

Año..... 12 pesetas.
Semestre..... 12 —

PORTUGAL Y AMERICA

Año..... 24 pesetas.
Semestre..... 14 —

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro postal o sellos de correos.

Se ha puesto a la venta

ROSA DE CARNE

POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada

por DEMETRIO

EDITORIAL ATLANTIDA

Imprenta Artística de Sáez Hermanos.-Norte, 21.-Madrid.